

GLORIAS DE ESPAÑA.



LA COMPETENCIA GENEROSA.

I.

Roma, rival recelosa de Cartago, á la que disputaba el imperio del mundo, necesitaba la posesion de la Iberia para adjudicársele definitivamente. Sucumbia al fin Cartago en la península sin que esto asegurase á Roma la conquista, porque los hispanos humillaban por sí solos sus legiones en lucha terrible y duradera. Si al fin la Iberia fué suya, si el Capitolio dictó sus leyes á nuestros primitivos compatriotas, mas fué resultado de la política que de la fuerza. Grande era el renombre y prestigio de Roma, mucha su influencia en las provincias conquistadas, y considerables sus fuerzas militares; sin embargo, de todo se olvidó ó lo juzgó insuficiente para su único empeño, que era captarse la voluntad de los españoles: prenda la mas segura de su dominacion. Un suceso notable á que dió motivo la noble y desinteresada conducta de Escipion, manifestó cuanta podia ser la eficacia de aquel político medio, y que tan acreditado general sabia mejor que otro alguno conquistar los corazones. Este suceso, que ha pasado á la pos-

25 de noviembre de 1843.

teridad como un bello egemplo de virtudes morales en la persona de Escipion, es tambien el primero que nuestra historia presenta para bosquejar el generoso carácter español, altivo al par que agradecido.

Cuando los soldados de Roma se apoderaron de la opulenta Cartagena, la primera ciudad de la España Cartaginesa, entre los riquísimos tesoros que pillaron sus manos codiciosas, encontraron otro no menos estimable, cual fué una jóven española de extraordinaria belleza. Pasmados quedaron los romanos á vista de tal hermosura y gallardía, y tanto que no atreviéndose á profanarla, resolvieron reservar para su buen general una joya de tanto precio. Digna era efectivamente de Escipion, hombre que en el ardor de la juventud y de los combates, habia manifestado ya toda la madurez de los patricios de una época, que por la rigidez de sus costumbres ha pasado á proverbio. Escipion naturalmente honrado y generoso, respetaba las virtudes morales y sabia practicarlas sin esfuerzo: sabia vencer sus pasiones lo mismo que á los enemigos. Cuando le presentaron aquella jóven, creyó que la misma diosa de la hermosura con todo el hechizo de sus gracias era la que tenia á la vista, y no poco trabajo le costó disimular en presencia de todos, la involuntaria complacencia que se experimenta al contemplar un objeto agradable, y la sensacion particular suya á vista de aquella que le inspiraba sentimientos tan nuevos

34

como gratos. La bella esclava por su parte, tímida y modesta, cuando se atrevió á mirar á Escipion con ademán vergonzoso, se consoló al encontrar una presencia tan dulce y magestuosa. Habíase ella figurado al romano caudillo, cual guerrero adusto, formidable como la fama de sus victorias; mas cuando halló templada la severidad del mando, con la tierna y apasionada espresion de su semblante, bajó sus ojos, conmovida, sí, mas no de terror. Escipion mas prendado de aquel ademán de pudor, que de las gracias personales de la española, supo disimular sus sensaciones bajo el pretesto de la compasion. Fingió tambien desconocer el motivo que habia inducido á sus soldados á traerle la prisionera y elogió su conducta, atribuyéndola solamente á piedad generosa. Dió sus órdenes para que fuese agasajada y servida con respeto, aquella cuya posesion no cederia por nada de este mundo: posesion dichosa que él se propuso obtener, no en fuerza de las tiránicas sugestiones del terror, sino en virtud de las respetuosas atenciones del cariño.

II.

Ni el tiempo, ni las finezas de Escipion, ni cuanto puede endulzar la amarga situacion de una cautiva, pudieron verificarlo en la jóven española. Triste siempre y temerosa, porque habia llegado á penetrar los sentimientos del guerrero que disponia de su suerte, no sabia hablarle mas que de gratitud y estimacion cuando él dejaba traslucir los afectos que le agitaban.

—Tú no has venido á ser mi esclava, la decia, sino á disponer de un corazon que te adora, á mandar como soberana en un hombre que se contemplará feliz en hacerte venturosa. Esos romanos que habrás tal vez reputado como feroces conquistadores, tienen tambien sus virtudes, y en cuanto á mi, amante tan respetuoso como lo pueda ser el mejor de tus compatriotas, es tal el respeto que te profeso que seré víctima de mi pasion antes que causarte el menor disgusto. No quiero mi felicidad sino viene ofrecida por un voluntario amor.

—Pues bien, exclamó arrebatada la jóven con sus ojos llenos de lágrimas, generoso Escipion, ofrece al mundo una prueba de esos sentimientos tan puros. Si yo no te amo, es porque no debo, es porque la virtud y las severas costumbres de mi pais me lo prohiben. Ni yo soy mia, ni es libre mi corazon: es del hombre á quien he dado la fé y palabra de esposa.

—Tú, exclamó Escipion estremecido.

—Si, guerrero ilustre, á otro hombre estoy ya unida. Ignoro cuál sea su suerte; pero en tanto que vivamos, siempre seremos el uno para el otro.

Despues arrojándose á los pies del caudillo exclamó:

—A ti acudo y no temo engañarme: tu favor imploro, pidiéndote me vuelvas á los brazos de mi prometido esposo, del hombre digno de todo mi amor. Mucho te pido, mas no serias tú el magnánimo Escipion, sino fueses capaz de esfuerzo tan heroico.

Mientras que ella hablaba asi, la tenia el romano suavemente asida de las manos, mirándola con interés y respeto; pero al escuchar su atrevida súplica, la soltó y dejó caer su cabeza sobre el pecho, cual si le hubieran clavado un dardo en el corazon. Guardó por breve rato profundo silencio, corto indicio del despecho que le roia las entrañas y de la indecision en que fluctuaba. Al fin, los ruegos de la hermosa desconsolada y los gritos de la virtud, hicieron su efecto en aquel corazon generoso.

—¡Mucho pides, muger! esclama. ¡No es bastante resistir á mi pasion, sino que me obligas á constituir la felicidad de otro hombre á costa de toda mi dicha! Esfuer-

zo era este digno de un dios; mas por ti, muger adorable, haré yo ver cuanto cabe en la virtud del hombre, acercarse á la divinidad.

III.

Para unos conquistadores á quienes la sed de oro habia traído principalmente á España, para los que no tenían mas afán, que el de aumentar el tesoro de Roma con las inmensas riquezas de la península, los presentes hechos con aquel codiciado metal debian ser del mayor agrado. Esta fué la razon por la que los padres de la hermosa cautiva, al saber en poder de quien se hallaba, redujeron todo su haber á dinero, creyendo deslumbrar al general romano, que á tal precio no dudaría el volverles su querida hija. Aun no se habia acabado entre los españoles aquella primitiva sencillez y aquella moderacion de costumbres, que solo les hacian mirar como verdaderos bienes, los que el hombre se proporciona con el trabajo de sus manos en el cultivo de los campos. No comprendian porque aquellos conquistadores venian desde tan lejos y se afanaban tanto, por sacar de las entrañas de la tierra, una cosa á su parecer superflua; mas aun cuando el oro hubiese ya tenido para los naturales toda la importancia que luego le han dado las facticias necesidades de los hombres, los padres de la doncella no hubieran titubeado en sacrificar la mayor cantidad que les fuese posible por volverla á tener en su compañía.

Luceyo, príncipe de los celtiberos, el que tenia ya derechos de esposo sobre aquella ilustre jóven, dejaba á los padres tentar los medios de avivar la estrangera codicia; menos indignos de él, que juzgaria rebajar el mérito de su querida, haciendo estimable lo que no se podia pagar á costa de ningun tesoro del mundo. Rico, respetado, y con grande influencia en el pais, la habia empleado toda en adquirirse prosélitos, contaba ya á sus órdenes mil y cuatrocientos jóvenes animosos, dispuestos á servir su causa, y habia jurado que si los romanos no devolvian la esclava ó la entregaban indigna de la pureza que el tálamo nupcial exigia en las esposas, habian de sentir los efectos de su venganza, tan severa, sino tan ruidosa, como la que en otro tiempo tomaron los griegos por el cautiverio de la hermosa Elena. Ni las ideas de los padres, ni los designios del mancebo se habian de realizar, porque á todos estaba reservada la mas agradable sorpresa.

Cuando los afligidos padres de la prisionera llegaron á implorar la gracia de Escipion y ofrecerle sus ricos regalos, se les presentó el guerrero trayéndoles su hija de la mano. La blanca y sencilla túnica que ceñia su talle con toda la elegancia de las ropas talares antiguas, las gruesas trenzas de sus cabellos negros y lustrosos realzaban el mérito de su singular hermosura, algo cubierta por un velo, destinado á disimular el pudor de la jóven al verse objeto de las miradas de todos. Sus padres que por algun tiempo habian estado privados de su vista, creian verla entonces por la primera vez y mas hermosa que nunca, sin que se penetrasen de su dicha, hasta que el mismo Escipion la puso entre sus brazos. Mayor todavía fué su sorpresa, cuando los magníficos presentes que destinaban al rescate de su hija, le fueron ofrecidos en dote por Escipion, que no quiso rebajar todo el mérito de su conducta aceptando las riquezas. Mil afectuosas demostraciones de los padres le manifestaron su agradecimiento, y en cuanto á la jóven sus interesantes miradas le dieron á entender, que solo ella compadecia el amargo dolor oculto bajo la serenidad de su pecho y tranquilidad de su semblante, que solo ella conocia el valor de aquel sacrificio.

Ninguno empero dió una muestra tan señalada de gratitud como el príncipe Luceyo. No queriendo dejarse vencer, sino competir en generosidad, vino á presentarse á Escipion, no como celoso rival ó agraviado enemigo, sino como aliado leal y constante. El y sus esforzados ginetes quedaron desde entonces á las órdenes de Escipion, cuya noble conducta y sagaz política hicieron convertir en decididos auxiliares á los que venian como declarados enemigos.

—La amistad mas sincera, le dijo Luceyo, y la gratitud mas respetuosa, no bastan para recompensar servicio tan insigne. Tuyo son mi brazo y espada, héroe insigne, á quien el cielo destina la conquista de nuestra patria, porque te hizo hallar primero el secreto de reinar en nuestros corazones.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



CRONICAS ESPAÑOLAS.

BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

Paseaban en la antecámara del rey don Enrique IV, aguardando la salida del rey y de la reina, don Juan Pacheco, marqués de Villena, uno de los mas poderosos ricos hombres de Castilla, anciano respetado en aquella época por uno de los mas sabios, y don Beltran de la Cueva, jóven que gozaba grande favor en la corte, y cuya elevacion miraban con celos las gentes de palacio. Llegóse á don Beltran con aire risueño y afable el marqués de Villena, y tocándole familiarmente en el hombro; ¡habeis descansado, le dijo, de vuestra fatiga de ayer?... En el torneo estuvisteis admirable. Entre tantos caballeros de la primera nobleza de Castilla, no hubo uno solo que pudiese igualar vuestra destreza y valor; Lara, Córdoba, Guevara, Sandoval, en vano intentaron disputaros el premio: solo sirvieron para aumentar el brillo de vuestra victoria. Mas de una dama hacia en secreto voto por vuestro triunfo... vos, á fuer de galán, depositásteis la rica banda destinada al vencedor á los pies de la reina!

—¡Ninguna mas digna de ella!... Enrique hacia celebrar el torneo para solemnizar el triunfo de sus armas vencedoras en Gibraltar: era forzoso hacer ese obsequio á tan buen rey en la persona de su bella esposa.

—Y os lo he agradecido á fé: es tal la amistad, el amor que os profesa el rey que quiere fundar un monasterio de monges gerónimos en la Mejorada, sitio donde se celebró el torneo. Quiere inmortalizar vuestro triunfo.

—No el mio... marques de Villena, el vuestro sí... que á vuestra prudencia, á vuestros acertados consejos se debe el éxito de tan brillante jornada. La corona de Castilla os debe todo su esplendor. Sois el alma de su po-

lítica, el hombre que desde el fondo del palacio hace mover nuestras huestes vencedoras, y abate el orgullo de las lunas africanas.

Un aire de satisfacción y triunfo se retrató en el rostro del anciano marqués, que tomando la mano de Beltran le contestó:

—Vos sois la causa Beltran.... Bien lo sabeis.... Perdidos consejeros se habian apoderado del ánimo de Enrique, de Enrique cuya alma enérgica ha debilitado el abuso de los placeres. De orgía en orgía, en medio de hombres corrompidos y concubinas, repudió á Blanca de Francia, á pretexto de esterilidad, para cubrir á los ojos del mundo su vergonzosa impotencia.... Llamó al trono de Castilla á Juana de Portugal, esa jóven hermosa á quien en breve despreció, sometiéndose á los encantos de Catalina de Sandoval, esa muger artificiosa de quien se valió don Lope de Haro, para tener en perpetua tutela á Enrique, tutela que hubiera arruinado al estado y que empobreció á Castilla.

—Si, su prodigalidad le hacia dar en un solo día á los admiradores de Catalina, mas ciudades y villas que nuestras tropas arrancaban á los moros en un año.

—Yo que era el amigo de Enrique, prosiguió con el mayor calor el marqués, que le amaba de veras, que en las guerras civiles con su padre don Juan II, no habia titubeado en esponer mi cabeza en un cadalso por servirle, fui olvidado por torpes lisonjeros que hambrientos espianaban un momento de favor para arrancar á Enrique un pedazo de su corona.... Le hablé, y no fui oido. Entonces me retiré de la corte, y me consagré al estudio de las ciencias, y á la soledad de mi castillo de Cuellar, y sin vos jamas hubiera vuelto á la corte.

—Sois el mas docto de este siglo en la judicaria; ¿los astros no os revelaron vuestra vuelta al poder?

—Me revelaron, contestó el marqués con sonrisa, que debería mi nueva privanza á un enemigo á quien en pago daría yo la muerte.

—Ya veis cuán errado es el cálculo de la astrología.

—Ciertos.... Yo me hallaba en vuestra casa donde vos, ageno á las intrigas de la corte, exento de toda idea de ambicion, os ocupabais en el cultivo de vuestras tierras sin pensar mas que en la bondad ó esterilidad de las cosechas. Dos peregrinos que volvan de orar ante el sepulcro de Santiago, Apóstol de España, os piden hospitalidad... el uno venia casi desfallecido, le socorristeis afable y generoso... quisisteis enteraros de sus penas, hablasteis de la situacion de Castilla, de los abusos que hacian cometer al rey en el gobierno.... de las perfidias de Lope de Haro.... del interesado y vergonzoso amor de Catalina de Sandoval, del abandono en que se hallaba la reina Juana, del descontento del pueblo empobrecido por las liberalidades del rey con sus cortesanos... Dios dirigia vuestros labios... no sabiais con quien hablábais. El peregrino doliente y enfermo... era Enrique IV, y don Lope de Haro... su compañero. El rey vuelto en si, y oyendo donde no lo esperaba el lenguaje austero de la razon y de la verdad, lanzó de su lado á don Lope de quien era un verdadero juguete y esclavo. Catalina de Sandoval, fué desterrada de Castilla, doña Juana volvió á ocupar el lugar á que le llamaba su nacimiento, y á vos quiso Enrique desde entonces teneros á su lado... Vos demasiado generoso impusisteis una condicion á vuestra privanza, que otros hubieran mendigado...

Beltran le interrumpió vivamente diciéndole: marqués de Villena no hablemos de eso.

—Exijisteis, continuó el marqués con las señales mas marcadas de agradecimiento, que el rey viera á un amigo vuestro... Me presentásteis al momento á Enrique, que con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos queria espiar á fuerza de afecto los pasados agravios... Le seguimos desde entonces, y á no deberos mi poder, os confieso, Beltran, que me causaria celos vuestro ascendiente en el ánimo del rey, infinitamente superior á mi privanza.

—Vuestra política, la consumada esperiencia de vuestros años, os ponen á cubierto de temor de rivalidad.

—Veinte años de trabajo no han podido conducirme aun al término de mis deseos.... el maestrazgo de Santiago!! y al pronunciar esta palabra, exaló un hondo suspiro que revelaba toda la ambicion de que estaba llena su alma. Ya iba á obtenerlo cuando al morir le plugo al rey don Juan nombrar á su hijo Alfonso niño aun. Enrique lo ha renunciado en su nombre, y creo que al fin lograré el premio de mis afanes.... El rey no ha revelado aun el nombre del sucesor que destina á su hermano.

—¿Quién podrá ser sino vos, marqués?

—Vos Beltran, con vuestra juventud, con vuestro aire noble y magestuoso talle, sois el mancebo mas apuesto y garrido de la corte de Castilla. Todas las damas suspiran de amor por vuestros ojos... pues bien, dividamos por igual.... para vos la hermosura y los placeres, para mí el poder y sus sinsabores. Sed vos el objeto del amor de la corte, yo el móvil de su gobierno.

—¡El amor para mí! dijo con desesperada tristeza Beltran, mirando fijamente al marqués. El amor!... Ah! yo lo reuso. Guardad vos el poder. Cuantas veces marqués echo de menos mi soledad de Bribiesca! allí si, allí era yo feliz. ¿Qué muger hay en la corte que pueda hacer la felicidad, el encanto de mi vida? Qué podrá darme en cambio de un corazón de fuego?... algunas frias miradas de ternura, algunas sonrisas de vanidad.... quereis que abata mi frente para ensalzar el orgullo, para adornar el carro de alguna inconstante y fementida que haga alarde de haber rendido á sus engañosas gracias al favorito del monarca, cual esa impudente Guiomar que ha enredado en sus funestas redes á Enrique y le hace con su infame conducta el oprobio y el escándalo de Castilla?

El marqués con aire misterioso y creyendo percibir algun ligero ruido en la cámara del rey, fija la vista en la puerta, y cogiendo de la mano á Beltran, le dice con voz baja:

—Silencio! un corazón pervertido rara vez torna decididamente á la virtud.... En vano derribásteis á Catalina de Sandoval. Enrique nos ha creado otra rival, esa doña Guiomar, la primera de las damas de la reina....

En este momento se abrió la puerta de la cámara del rey, y un page anunció en voz alta: ¡El rey! Salíó este acompañado de los ricos hombres de Castilla. Recibió con la mayor amabilidad, el cortés saludo del marqués y de Beltran, y volviéndose al primero, le dijo:

—Hoy es día de mercedes, y no me habeis de reñir, marqués de Villena... Don Guzman, os hago merced de los tributos que por este año debe pagarme la ciudad de Toro. Don Guzman, dobló respetuosamente la rodilla y besó su mano.

—A vos Manrique de Lara, os doy las tercias de Olmedo y de Tordesillas....

El marqués de Villena llegó al lado del rey, y casi al oído, con cierto tono de reconvenccion murmuró:

—¡Qué prodigalidad! señor. Ya os llaman don Enrique el prodigo!!!

Volvió el rey la cabeza hacia donde estaba su austero ministro: iba ahora, le dijo, á darte una ligera señal de mi aprecio.

—La mayor que podeis darme, contestó Villena con afectada gravedad, es refrenar ese natural generoso y magnífico. V. A. va á quedarse sino, sin una sola villa de su reino.

—Está bien; no mas mercedes por hoy, contestó el rey habituado á obedecer las insinuaciones de Villena, pero me permitirás que entregue á Beltran esta que para él ha traído el clavero y dos comendadores de la orden de Santiago. No me riñais, marqués, no soy yo quien se la otorgo... Es el papa Pio II á quien plugo nombrarle gran maestre de la orden de Santiago.

—¡Gran maestre de Santiago! repitieron á la vez y con el mayor asombro, casi todos los cortesanos. Beltran quedó confuso, y don Juan Pacheco marqués de Villena, permaneció inmóvil como si un rayo lo hubiera reducido á cenizas, alteradas visiblemente sus facciones.

Esforzose en dominar su emocion, y despues de un rato de silencio dijo al rey:

—Vuestro padre al morir, dejó en administracion ese maestrazgo á vuestro hermano el infante don Alfonso

—Don Alfonso es un niño de diez años, respondió el rey. Yo como su tutor lo he renunciado. La orden de Santiago ha menester un gefe que la dirija, la guerra con los moros es cada día mas activa:

Beltran lleno de confusion, asombrado con tan inesperada merced, dobló la rodilla, y puesto delante de don Enrique con el tono mas respetuoso, V. A. dijo, me confunde.... esa dignidad debe conservarla vuestro hermano. Castilla creará, que yo se la he arrebatado... y despues añadió con tono resuelto: la rehuso.

Un rayo de esperanza brilló en la ceñuda frente de Villena.

—Yo quiero, yo mando, respondió el rey con sequedad y firmeza al mismo tiempo, que seas gran maestre. Tu renuncia de nada serviría ya á mi hermano. El pontifice y la orden harian un nuevo nombramiento. A mi encomienda, como hijo predilecto de la iglesia, la ejecucion de su voluntad.... Dios os guarde, gran maestre. Venid conmigo, señores; y reparando que el marqués de Villena permanecia inmóvil como clavado en su puesto, se dirigió con afabilidad y le dijo: y vos don Juan Pacheco no me acompañais hoy á paseo?

El marqués siguió al rey y apretando sus puños, con

voz agitada y nerviosa iba repitiendo entre sí: ¡gran maestre de la orden de Santiago!!!

Solo quedó en la cámara del rey don Beltrán á quien parecía un sueño la rápida elevación de su fortuna, y que conocía que iba á aumentar por ella, al número de sus enemigos, uno terrible y poderoso, el marqués de Villena, herido en su amor propio, burlado en el objeto de sus pretensiones. Despues de algunos momentos se dirigió á la estancia de la reina, que levantándose á recibirlo, le dijo con el aire mas amable y gracioso.

—Yo tambien tenia que daros mi parabien, Beltrán: vencedor ayer en el torneo, hoy gran maestre de la orden de Santiago debeis ser muy feliz.

Don Beltrán mirando con profunda tristeza á la reina respondió.—¿Lo creéis señora? permaneció algunos instantes absorto en sus reflexiones y despues continuó con acento conmovido. En mis primeros años creí que la felicidad consistia en el estudio de las ciencias, en ser superior á los demas hombres en conocimientos, ¡ilusión! Llamado á mi pesar á la corte creí que la felicidad se cifraba en poder hacer dichosos á otros hombres, en la gloria, en los honores merecidos: ilusión, señora! Dios solo hace el bien por el bien mismo, las débiles criaturas necesitan otra recompensa.... Mi alma se ha creado una divinidad que la llena toda. Ella seguia con sus ojos mis esfuerzos en el torneo de ayer.... ella sostenia mi brazo al lidiar con la flor de los caballeros de Castilla.... y una sonrisa suya coronó mi triunfo. La idea de su amor correspondido, me haria hacer milagros, remover el mundo. Sin ella no hay para mí energia, no hay porvenir, no hay nada.... Pierdo mi fuerza, me abandono mi genio.... Ah! señora, señora! Hay hombres desgraciados que osan levantar su mirar al cielo..... hay insensatos, que intentan fijar sus ojos en la estrella de la mañana.

Durante estas palabras, la reina tenia los ojos bajos, sus mejillas se colorearon, y manifestaba el mayor embarazo al oír una confesion que hacia largo tiempo no era un secreto para su alma, y que esta se complacia en la idea de ser amada. La reina doña Juana estaba hermosa en aquel momento. Los rizos de sus hermosos cabellos negros caían airosa y descuidadamente sobre su cuello, jamas sus ojos de fuego habian sido mas dulcemente expresivos, ni mas tierna su voz. La palidez de su rostro producida por los continuos disgustos que le ocasionaba la desarreglada conducta de Enrique la hacia mas interesante.

—No es la felicidad compañera siempre del poder, le contestó, respuesta algun tanto de su turbacion. Miradme á mí. Yo en medio de mi juventud me consumo sobre el trono como la flor arrojada en medio de un arenal. Para apreciar á una muger se necesita un hombre. La reina sobra en Castilla. Para ocultar su nulidad quiere el rey engañarse á sí propio. Ayer Catalina de Sandoval.... hoy doña Guiomar.... mañana la primera que le presente el acaso, y que solo servirá para publicar su defecto y escandalizar el reino... yo en tanto, objeto de desprecio, no recojo por premio de mi sacrificio ni aun la consideracion debida á mi nacimiento.

Al escuchar estas palabras Beltrán, olvida un momento que la muger con quien hablaba era la esposa de su rey, que él mismo era el favorito de este rey, y lleno del mayor entusiasmo exclamó:

—¿Despreciaros, señora?... A vos que sois un ángel de hermosura y de bondad!... ¿Y por quién? Es vuestro esposo, ¡y no os ama! ¡vuestro amor! puede acaso reservar Dios á sus elegidos una dicha comparable á un suspiro de ese puro seno, á las lágrimas de esos hermosos ojos? ¡Ah! mi alma se anonadaria con tanta felicidad!

Una palabra destruyó su ilusión. La reina le dijo con dulzura:

—Son las tres, y el rey debe de estaros aguardando ya.

Vuelto en sí Beltrán al verse despedido de la presencia de la reina, lanzando un triste suspiro. No hubiera tenido jamás, la dijo, señora, valor de revelaros este secreto sino estubiese dispuesto á daros hoy mismo un último y eterno adios.

Conoció la reina todo el pesar que habia causado á Beltrán, el único tal vez que por ella se interesaba en la corte de su esposo.

—¿Eterno? le contestó palideciendo repentinamente.

—Si señora: las gracias y favores que sobre mí prodiga vuestro esposo me fatigan, hacen cada vez mas penosa mi existencia que una llama secreta, ardiente é impetuosa devora sin cesar. En vano he procurado combatirla... mi razon es impotente, y solo encuentro un medio para templar mi desgracia.... un medio solo, mi fuga. Tornaré al asilo antiguo de mi niñez de donde nunca debiera haber salido, á aquellos campos donde era tan feliz, donde sus moradores jamás os han visto.

—Pero os debeis al rey que os ha colmado de honores, que hoy mismo os concede el maestrazgo de Santiago, dignidad que os da en Castilla un poder casi igual al suyo.... Enrique es desgraciado, está débil, enfermo, necesita un amigo.... le abandonaréis?

—Yo no puedo serle útil, respondió Beltrán con un tono de voz profundamente desanimado. El espectáculo de mi infelicidad redoblaría sus penas. En vano me esfuerzo á disimular en su presencia. Mis palabras ya no tienen aquella energia, el fuego con que reanimaron su espíritu, cuando por la vez primera le hablé en mi casa de Bribiesca. Entonces no conocía yo el amor. Hoy lánguido, frio, inmóvil... como él; pasamos juntos horas enteras sin distraernos de nuestra melancolía. ¡Ah! mi alma abatida no es capaz ya de reanimar la suya; me es forzoso partir.

—Vos érais el alma de la corte, el disponedor de los festines suntuosos de palacio, el mantenedor de los torneos, el que con su destreza cautivaba el corazón de nuestras damas, y alegraba la sombría tristeza del monarca. Ahora ya hace tiempo que todos os observan pálido, triste, meditabundo.

Beltrán ocultando su rostro con ambas manos y dejando escapar sordos gemidos, contestó:

—¡Debilidad! ¡locura! gloria, ambicion, porvenir, todo lo he sacrificado á un sueño, á un sueño que.... tal vez es un crimen. Decís, señora que todos me ven pálido y triste. ¡Ah! sí, aquí hay un fuego que consume vorazmente mi vida: la tristeza proviene del corazón... la palidez del remordimiento, las fuerzas me faltan, dejadme partir.

—El rey os lo impedirá.

—¡El! gritó don Beltrán, él menos que cualquier otro, jamás.

—¿Y yo?

—¡Vos! y se estremeció todo Beltrán mirándola fijamente como temiendo no haber oído bien.

—Sí, yo que soy vuestra reina mando que os quedeis.

Al nombre de la reina, dejó caer con abatimiento la cabeza Beltrán.—Señora, dejadme marchar, y haciendo una cortés reverencia se dirigió hácia la puerta.

Juana de Portugal reuniendo todas sus fuerzas le llamó con voz débil.

—¡Gran maestre! ¿no tiene ningun poder sobre vos la reina de Castilla? ¿Tan poco os merecerá Juana de Portugal que no os pueda detener ni un momento? ¿Quién me defenderá contra esa rival odiosa, doña Guiomar, que se ha apoderado del cariño de mi esposo? vos derribásteis la privanza de Catalina de Sandoval... por vos torné á la corte desde mi destierro de Maqueda, ¿y habré de volver á él?... y ceder el puesto á una infame con-

cubina? Reina os he dado toda mi confianza.... muger, me pongo bajo vuestra proteccion. ¿Nada podrá con vos una reina, una muger? ¿La abandonareis en su desgracia? ¿La entregareis á la insolencia de una favorita? Si el rey no me ama querrá á cualquier costa desembarazarse de mí.... me repudiará tal vez como á la infeliz Blanca de Francia.... tendré que descender del trono.... ¡Ah! Beltran, os quedareis, si, os quedareis. Yo nada quiero, nada os mando, suplico solamente.

Beltran se arrojó á sus pies.

—¡Vos suplicar, señora! ¿suplicar? mandad, mi vida es vuestra, no me acuseis de abandonaros. Huia de vos es verdad, porque os amo ciega, frenética, insensatamente, y este amor que es mi encanto y mi tormento, no es un capricho leve y momentáneo.... lo senti desde el instante en que por la vez primera os vi cual un ángel purísimo de hermosura y de bondad. En vano agoto mi vida combatiendo este amor que le domina. En vano para calmar su fuego abrasador estoy de continuo al lado de vuestro esposo, cuya presencia debería extinguirle, y á su vista vuelve á encenderse mas vivo, mas impetuoso, mas eterno.

—¡Callad por Dios!... callad, dijo Juana volviendo á otro lado la cabeza medio desfallecida, y abandonando maquinalmente su mano á Beltran que la cubrió de apasionados besos.

Juana se desasí de su mano, y asustada se retiró algunos pasos atrás.

—No temais, ángel mio, la dijo Beltran levantándose, si.... siempre os respetaré, me acordaré que sois mi reina, y maldición sobre mí si intentare abusar de mi felicidad! ¡Ah! mi alma no basta á contenerla, y pienso que me ha de costar la vida. ¡Pensar en mí, un ángel! ¡oh! creo que es un sueño, sueño delicioso del que tiemblo despertar. ¿Yo huir? ¿Yo salir de palacio?... no, jamás. Siento renacer toda mi antigua energia. Mi amor, señora, es un rayo de la debilidad que me revela toda la estension de los deberes que me impone.... Ayer era para mí el poder una carga pesada, insostenible: de hoy mas me será ligera. Odios, partidos, rivales, muerte, todo lo desafío. Gran maestre, yo armaré si es preciso para protegeros toda la órden, para sosteneros en el trono haré mi nombre respetable y poderoso, y verá en mi Castilla, mas que un hombre, un héroe, mas aun, un fanático dispuesto á morir por su idolo.

—Al hablar así Beltran, la espresion daba un nuevo realce á sus hermosas y varoniles facciones: el entusiasmo de sus ojos, su elocuente gesto hacian de él mas que un amante vulgar, Contemplábase enagenada la reina, todas sus dudas se disiparon.

—Beltran, vuestras palabras vuelven la calma á mi agitado corazon, le dijo con una voz casi trémula de emocion, lo aliviais de un peso insostenible. ¡Podré sin crimen confesar que os amo! ¡Ah Beltran, cuánto he combatido, ¿pero qué muger en mi situacion hubiera resistido? Ah! porqué en dias mas afortunados no os encontré, Beltran, en Lisboa en la corte de mi padre.... libre entonces, antes de ser reina, hubiera preferido vivir oscura con vos en cualquier rincon del universo. Ahora tambien puedo amaros con un amor puro.... pensad en Juana como en la gloria, como en Dios, desplegad un valor magnánimo, una adhesion generosa, y todos vuestros esfuerzos encontrarán su recompensa en este corazon que es todo vuestro, y que se confía á vos sin que le atormenten los remordimientos. Enrique puede volver, añadió despues con amable sonrisa, él es incapaz de apercibirse de nuestro afecto, pero tiemblo á Guiomar.

—Yo os libentaré de ella.

—¡Cautela! Yo misma devoro en secreto mi afrenta y aparento ignorar su criminal conducta.... Si intentase destruir este capricho de Enrique no lo lograria y nos

perderiamos ambos. Mañana nos volveremos á ver.

—¡Mañana! ¡tanto aguardar! dadme una prenda de vuestro amor ó creeré que mi felicidad ha sido un sueño. Y al decir estas palabras señalaba con el dedo una cruzcita de oro que la reina llevaba pendiente de una cinta al cuello.

Juana se la quitó, y presentándola á Beltran.—Tomad le dijo, esta cruz de oro que el papa Nicolás III regaló á mi familia bendecida de su santa mano, y que me puso mi madre al cuello el dia de mi nacimiento. Una tradicion constante ha hecho mirar este don como un preservativo contra las desgracias. Tomadla, mi felicidad queda desde hoy unida á la vuestra; que la virtud de esta cruz santa proteja de hoy mas á los dos.

Beltran, puesto de rodillas, besó la mano que le ofrecia este amoroso don.—Os juro conservarla sobre mi corazon. No volverá á vuestro poder hasta despues de mi muerte. Y la colocó sobre su pecho.

La reina le acompañó hasta la puerta de su estancia y allí se despidió Beltran de su amante.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche, respondió la reina volviendo á su cámara real.

Cuando Beltran se vió fuera de la cámara de la reina quiso un momento estar solo, enteramente solo, que nadie viniese á turbar la embriaguez de su alma. Antes de haber visto á Juana de Portugal, su imaginacion se habia creado un ser ideal de hermosura y de perfeccion. Cuando comparaba otras mugeres que se presentaban á su vista no las podia amar, y se juzgaba un insensato adorando lo que no podia existir sobre la tierra. Y sin embargo este amor, esta belleza existian, y al ver á Juana encontró todo lo que su imaginacion se habia creado, y la amó como si la hubiera vuelto á ver despues de una ausencia.

Beltran sacó de su pecho la cruz de oro que habia recibido de la reina, y la cubria de besos. En tan dulce ocupacion le sorprendió doña Guiomar, la favorita de Enrique IV. Desconcertado Beltran con su presencia ocultó rápidamente su precioso tesoro, y le rogó que se sentase á su lado. Doña Guiomar era muger hermosa, de ojos vivos y en su aire se notaba la mayor desenvoltura.

—Muy sentimental estais, don Beltran. Al fin habeis abandonado vuestro aire tétrico y melancólico. Haced bien, ya hace tiempo que la corte de Castilla no se regocija como á vuestra llegada de Bribiesca. Entonces los saraos, los festines, los torneos, se sucedian sin interrupcion. Ahora os habeis hecho tan grave y meditabundo que sin la gloriosa conquista de Gibraltar no hubiéramos vuelto á tener el gusto de admirar vuestra bizarria en las fiestas. ¿Sabeis que estuvisteis muy gallardo, don Beltran? Contenta debió quedar la dama de vuestros pensamientos.... y aun tal vez os hizo algun misterioso regalo de amor, ese que ahora mismo besabais con tanto entusiasmo, y que escondisteis al entrar yo.

—¿Yo, señora?

—Vamos, decidme su nombre, ó tal vez quereis que yo lo adivine?... En el torneo cuando alcanzasteis el premio fuisteis á depositarlo....

—¡Señora!

—Para mayor disimulo, añadió vivamente Guiomar, á los pies de la reina.

—Era un obsequio debido á la esposa de Enrique.

—No ha de valeros, don Beltran, vuestro disimulo. Yo he de penetrar vuestro secreto; será doña Elvira de Albornoz.... la duquesa de Haro.... ó la jóven condesa de Medina; no hay en la corte mas consumadas bellezas que estas, y la de la reina doña Juana.

Las sospechas de una muger celosa podian á la verdad fijarse sobre cualquiera otra que sobre la reina, pero era sin embargo muy peligroso no destruirlas enteramente. Beltran como hombre que sabia, que no basta negar

para convencer, y que á una muger sobre todo es preciso darle una prueba, la dejó hablar largo tiempo, renovar sus alusiones, y confirmarse mas y mas en sus sospechas. Cuando parecia mas confundido, reducido al silencio, y en la imposibilidad de defenderse, mirando á doña Guiomar con ojos apasionados:

—¡Ah! Guiomar! Guiomar! la dijo. No, hay en Castilla una hermosura que las eclipsa á todas. ¡Cuán injusta sois! Me perdonareis, señora, añadió afectando el mayor embarazo, si me justifico completamente á vuestros ojos? ¡No os ofendereis si os hago una declaracion que debia morir conmigo?

—Al mismo tiempo le enseñó una flor que mientras habia estado hablando con ella, habia con la mayor destreza arrancado de su adorno.

Esta mañana al salir del cuarto del rey, dejásteis caer esta flor, yo la recogí ansioso. ¡Ah! la hubieran pisado!.. Yo, separándome de las miradas que de continuo espíaban nuestras acciones en el palacio, la puse sobre mi corazon... porque habia estado sobre vuestra cabeza. ¡Oh! dejádmela, Guiomar, llevar aun otra vez á mis labios, y permitidme que la llame como ahora poco la llamábais..... un regalo misterioso de amor.

—¿Con que era yo la causa de vuestra melancolía?

—¿No habeis adivinado la causa? No es extraño, los amores del rey no os han permitido leer en el corazon del vasallo. Temia incurrir en vuestra desgracia confesando mi pasion que habeis sorprendido.

En este momento la reina que salia de su cámara al ver á don Beltran y doña Guiomar hablando, se para en el cancel de la puerta y escucha con las señales de la mas visible conmocion.

Doña Guiomar, como una de las mugeres mas hábiles en coquetería, se dejó persuadir de lo que tanto lisonjeaba su amor propio.

—Vuestro amor lejos de indignarme, le contestó, me llena de placer. ¿Qué muger podría ofenderse de él? Sois el primer caballero, el jóven mas galan de Castilla. Jamás me perdonaré el haberos hecho tanto padecer. A fuerza de amor procuraré espiar el no haber correspondido antes á vuestra pasion. Desterrad la tristeza y que la alegría vuelva otra vez á animar vuestro semblante.

—¿Y el rey don Enrique? replicó Beltran.

—La ambicion, el orgullo me han arrojado en sus brazos; el amor era imposible. Si la Providencia buscase la perfeccion y las brillantes cualidades para el trono, tú, Beltran, hubieras sido el rey de Castilla.

Beltran afectó besar amorosamente su mano, que Guiomar le tendió con la mayor amabilidad, la reina al observar esto hizo un ademán de despecho y se retiró á su estancia.

Hecha esta confesion amorosa, fué preciso á Beltran, so pena de volver á suscitar en el ánimo de doña Guiomar todas sus primeras sospechas, consentir para la noche siguiente en una cita que ella tuvo el arte de parecer concederle cuando era ella la que la solicitaba. Beltran entregó, con rostro alegre pero con la desesperacion en el corazon, á Guiomar la llave de una puerta secreta que desde la cámara del rey conducia á su cuarto á ella contiguo.

Guiomar al despedirse de él le apretó la mano afectuosamente. —Tu constancia es acreedora á todo, le dijo... ¡Hasta la noche!

Beltran la acompañó hasta la puerta de la estancia, y al despedirla con afectada sonrisa, murmuró entre dientes y con la mayor desesperacion.

—Hé ahí convertida en infernal una noche de delicias.... ¡Si pudiera prevenir á la reina!!!

Y marchó á encontrar al rey que paseaba con la corte en los jardines del palacio.

II.

Don Beltran de la Cueva, tenia su aposento en el palacio real, y sus ventanas daban una de ellas enfrente de la cámara de la reina y la otra sobre las deliciosas márgenes del Pisuerga. Entrambas se hallaban cubiertas con dos grandes cortinas de terciopelo carmesí con ancha franja de oro, y en el fondo de la estancia, habia una puerta principal por donde se comunicaba con el rest del palacio, y á uno de los lados, y muy disimuladamente, habia practicada en el muro una pequeña puerta falsa para pasar secretamente á las habitaciones del rey. La llave de esta es la que don Beltran se vió forzado, por no despertar sus celosas sospechas, á entregar á doña Guiomar.

La hora de la queda habia ya sonado, todo se hallaba en silencio en el palacio y la ciudad, cuando don Beltran colocado en la ventana que daba frente á la cámara de la reina, despues de contemplar la hermosura de la noche tan serena y apacible, ocupado en sus amorosos pensamientos, tomó el laud, y considerando que aun la reina tal vez no se habria entregado al sueño, preludió unos cuantos sonidos con su laud, y con su hermosa voz cantó unas trovas amorosas.

A poco de haber empezado á cantar don Beltran notó que habrian una de las ventanas de las habitaciones de la reina, pero el balcon se cerró de repente al terminarse la última estancia. Maldecia Beltran su imprudencia temeroso de haber indignado á la reina con su libertad, y arrojó lejos de sí con enfado el laud sobre uno de los sillones, y corrió la grande y pesada cortina de terciopelo de la ventana. Un momento despues sintió pasos y abriéndose la puerta del fondo vió entrar á la reina. Corrió á su encuentro, besó reverente y enamorado su mano, diciendo:

—¿Que felicidad! al fin puedo libremente arrojarle á vuestros pies.

—¿A los míos? mirad don Beltran que os equivocais.

—No os comprendo, respondió Beltran, vuestra voz está trémula, pálido vuestro rostro, y llenos de lágrimas vuestros ojos. Si son los remordimientos, señora, los que así os atormentan decidlo, señora, y me vereis por la última vez. Antes mi destierro á que estaba resuelto ayer, primero mi muerte que costaros una sola lágrima, que turbar la paz de vuestra alma. Hablad, decidme, qué os aflige? ¿En qué he podido ofenderos?

—Preguntádselo á doña Guiomar, esa muger voluptuosa que vende sus gracias al poder, que quiere con su orgullo encadenar á la vez al monarca y al favorito; esa muger como el genio del mal se interpone siempre, entre mí, y mis mas caras afecciones. Ella me ha arrebatado el aprecio de Enrique... ella me hace el ridículo juguete de vuestra pasion.

Pero Beltran deteniéndola en el momento en que iba á marcharse, se arrojó á sus pies, le contó como habia sido sorprendido por Guiomar, cómo para destruir sus sospechas que iban aproximándose á la realidad, se habia visto obligado á aceptar una cita. El calor y la verdad de sus palabras persuadieron á Juana de Portugal, cuyo corazon ya habia perdonado aun antes que sus lábios confirmasen el perdon.

Beltran habló aun mas, no para justificarse, el amor comienza por ser tímido y mudo, despues vienen las declaraciones, los juramentos, la fiebre que se apodera del cerebro, que hace palpar el corazon, que inflama las miradas, la necesidad de decirse que se aman, y la confianza de dos almas que se descubren enteramente su interior, todo eso explicado en una especie de lenguaje sutil, especial, inagotable, cuyo secreto solo

poseen los amantes y que en su exaltacion solo pueden comprender: despues al fin, asi como el enfermo despues de un gran esfuerzo cae aplanado, asi se aplanan todas estas pasiones, y llega el momento de la última prueba, la mas peligrosa de todas, el silencio....

Un ligero ruido hacia la puerta secreta vino á interrumpir los mas vivos juramentos de un amor eterno. Admirados, inmóviles los dos amantes escucharon en silencio, eran pasos lentos que cada vez se aproximaban mas. Un momento despues oyeron meter una llave en la cerradura.

—Dios mio, qué ruido es este? exclamó muerta de miedo y turbacion la reina.

—¡Maldicion! grita desesperado Beltran. Van á abrir aquella puerta. Ocultaos pronto.

—¡Nos han descubierto! Estoy perdida.

—No tengais cuidado. Ocultaos en el hueco de esta ventana, detras de esa cortina, desde ahí podreis oir lo todo sin ser vista.

—¿Conque sabeis quiénes?

—Un demonio del infierno, doña Guiomar.

La reina se escondió cuidadosamente detras de la cortina que cubria la ventana donde pocas horas antes habia estado don Beltran tocando el laud. Apenas habia concluido de colocarse en ella cuando la puerta secreta cediendo á los esfuerzos que hacian para abrirla, dejó ver á doña Guiomar, cuya aparicion dejó á Beltran tan parado como si un rayo le hubiese herido repentinamente.

—¿Sabeis Beltran, que tengo que reñiros? le dijo doña Guiomar con la mayor familiaridad tomando asiento á su lado, es menester que seais mas cauto. El amor os hace delirar. Ya se vé.... habeis sido hasta ahora tan callado, que quereis indemnizaros de tanto silencio. Bella trova por cierto. Yo la escuché desde el aposento de don Enrique, y procuré distraerle para que no comprendiese su sentido. ¿Veis cuan pronto os ha tornado vuestra antigua alegría?

—Señora esa trova.... murmuró con la mayor confusion Beltran.

—No me he incomodado, Beltran, no por cierto. No soy tan desdenosa como os figurais, ni debeis quejarnos de mis rigores. De hoy mas no cantareis penas ni desdenes. Amor y solo amor debeis cantar.

—Beltran estaba en brasas, y así solo respondia á las afectuosas palabras de doña Guiomar, por monosilabos.... Tanta felicidad!

—Sabeis, le dijo al fin Guiomar, que vuestra pasion os hacia mudo, y vuestro amor ya correspondido mudo tambien.

—Es que ahora....

Oyose en este momento alzar el picaporte de la puerta del fondo que se hallaba cerrada, y dar dos ó tres golpes llamando para que la abriesen.

Sobresaltóse doña Guiomar.—Quién puede ser? Dios mio! y á estas horas.

—Lo ignoro absolutamente, señora, os juro que no esperaba á nadie.

Repetianse los golpes con mas esfuerzo en la puerta, y al mismo tiempo gritaban desde afuera.—¡Beltran! ¡Beltran!

—¡Cielos el rey! exclamó aterrada doña Guiomar, somos perdidos. Salvadme, Beltran, y al mismo tiempo se dirigia á esconderse detras de la cortina de la ventana donde poco antes se habia ocultado la reina. Detúvola Beltran inmediatamente, y señalando á la ventana de frente la dijo.—¿Qué vais á hacer?

No... detras de aquella cortina.

Colocóse en el hueco de la ventana, medio muerta de terror y de sobresalto Guiomar, y Beltran, trémulo abrió la puerta al rey. Creyóse perdido, vendido, no habia remedio alguno para él. El esposo ultrajando, el amante

engañado venia á sorprenderle en su doble crimen. Sin embargo, el semblante del rey no espresaba ni la indignacion, ni la cólera, solo sí el disgusto de que tanto tiempo le hubiesen detenido á la puerta.

—Creí que no queriais abrimme.

—¡Señor! respondió timidamente don Beltran.

—Estoy tan desvelado, dijo el rey tomando una silla, y sentándose muy tranquilamente, que no he podido conciliar el sueño, y he venido á pasar la noche á tu lado. Siéntate tú tambien. Acuérdate cuantas noches hemos pasado juntos conversando sobre los negocios del reino, sobre mis amores, u oyendo las cántigas amorosas que tu componias á la dama de tus pensamientos, dama que nadie conoce y que solo existe en tu fantasia. ¿Sabes que si fuese un ser real casi llegaria á estar celoso de ella? Me parece que de algun tiempo á esta parte, se ha entibiado el afecto que me profesabas.

—¿Podeis creerlo?

—En mí, al contrario, cada vez me es mas necesaria tu presencia que tanto me escaseas. No quiero que el nuevo cargo de gran maestre te distraiga del gobierno de palacio. Quiero verte todos los dias, hablarte á todas horas. Yo te recompensaré esta exactitud. ¿Y que te podré dar ya? No eres gran maestre de Santiago? no mandas mas que mis ministros? No reinas tú por mí en Castilla?

—Imposible me será, contestó lleno de rubor don Beltran, pagaros tanta bondad, creed que cada vez soy mas indigno de ella, y al mismo tiempo le besó la mano.

—No digas eso. Tú eres mi único, mi íntimo amigo: el hombre llega á una edad en que su corazon se niega á contraer nuevos vínculos, en que se gasta la energia del alma, en que el fuego del corazon se concentra en antiguos recuerdos en vez de dilatarse á nuevos objetos. Yo, agoviado con los disgustos de reinar, con las enfermedades que debilitan mi cuerpo, me he anticipado á la edad, estoy ya en ese caso. Vivo solo y nada nuevo veo en derredor de mí. No amaré mas que lo que hasta ahora he amado. Tres objetos, Beltran, tres solos. Juana mi esposa, á quien á pesar de mis infidelidades aprecio y respeto: Guiomar que con sus graciosos atractivos forma el encanto de mi vida, y tú que no me abandonarás jamás, no. He aquí los tres únicos seres que me unen al mundo, los únicos de quien me fio, que quisiera ver á todas horas, y que no abandonaré jamás. El cielo me ha negado un descendiente á mi corona, un hijo que yo hubiera procurado hacer mas feliz que yo, en quien hubiera cifrado mi gloria, mi porvenir.... ah!

—Olvidad ese pensamiento, desechad esa idea que es vuestro tormento.

—Decis bien no hay tormento mayor que ser condeñado á aparecer sobre un trono como una fugaz exalacion que cruza la esfera sin dejar la menor señal en pos de sí. Esta idea me arrebata, acalora mi cabeza.

Un largo silencio siguió á estas palabras. En vano las miradas del rey habian buscado las miradas de su amigo. Beltran con los ojos bajos, mudo, parecia confundido por su conciencia, y aunque ningun movimiento revelaba la presencia allí de la esposa y de la querida del rey, le preocupaba el peligro que á cada instante podria tener la estancia del rey en su cuarto; era indispensable á toda costa alejarle de allí y libertar á la reina de la mortal ansiedad en que necesariamente debia encontrarse.

—Señor, le dijo, debeis retiraros. Pasar la noche en vela podrá alterar vuestra quebrantada salud.

—Estoy bueno, respondió el rey. La noche es de las mas apacibles del otoño. Necesito respirar el aire puro. En esa ventana cuyas vistas son sumamente agradables hablaremos con comodidad. Levantóse al mismo tiempo y se dirigia á la ventana cuya gran cortina habia dado un abrigo á la reina muerta de terror.



Aparta, te digo que la he de ver!

Beltrán viendo el peligro, se puso delante del rey, y le dijo:—El aire es demasiado fresco, os hará mal.

—No importa, contestó el rey, dirigiendo sus pasos á la ventana.

—Es imposible, replicó Beltrán poniéndose delante de él, y procurando detenerle.

—Estoy resuelto, dijo el rey con tono decidido.

Al mismo tiempo se oyó un grito detras de la gran cortina de terciopelo, que cubria la ventana y se oyó el golpe de una persona que caía al suelo, viéndose por debajo de la cortina la franja de un vestido blanco.

Beltrán, dijole el rey entonces, he ahí el obstáculo que se oponia á que respirásemos juntos el aire del Pisuerga en esa ventana. Voy á ver tu linda dama. Beltrán deteniéndole respetuosamente, le dijo en ademán suplicante. —¡Señor!

—¡Aparta, te digo que la he de ver!

Beltrán que comprendió todo lo terrible de su situación, que iba á perder á la reina, sacando la espada cerró el paso al rey, que quedó asombrado de su acción.

—Os juro, le dijo, por Santiago, de cuya orden soy gefe soberano, que no pasareis de aquí, y al mismo tiempo trazó sobre el pavimento una línea con la espada.

—¡Maestrel temprano os rebelaís contra vuestro rey.

—Siempre obré como caballero. Esa muger que ha hecho desfallecer el temor de vuestra vista, moriria de dolor, si llegárais á conocerla. Está en mi cuarto bajo mi protección.

—Su nombre al menos, repuso el rey lleno de curiosidad.

—Jamás. El que cobarde ó jactancioso revela el nombre de la muger que corresponde á su amor, es un villano, un traidor, un mal caballero.

—Sin duda es Guiomar: solo esa belleza pudiera interesaros el ocultarla de mí.

—Juro por esta cruz que es una muger casada. Ved si me importa defender su honor.

—Tal vez la duquesa de...

—Señor, no lo habeis de saber.

El rey alargándole con afecto la mano se la estrechó diciéndole:—He ahí el pundonor castellano. Así me gusta. Yo te fio mis amores y tú me reservas los tuyos.

—El secreto de vuestros amores es el secreto de toda Castilla: el mio morirá en mi corazon.

—¡Hasta mañana! dijo el rey con irónica sonrisa: conozco cuanta habrá sido tu impaciencia durante mi visita, ¡y yo que queria prolongarla toda la noche!!!

Beltrán fué á despedir al rey aunque sin salir de su aposento, pero en el momento en que despues de haber salido don Enrique vuelto de espaldas á su cuarto desde la puerta le hacia una profundísima cortesía, doña Guiomar salió rápidamente de su escondite, corrió á la ventana de enfrente, tiró de la cortina, y vió á la desgraciada reina tendida en el suelo, pálida, privada de conocimiento.

Cuando Beltrán volvió para ir á buscarla se dirigió á él con los ojos encendidos de cólera, lanzó una mirada de despecho á Beltrán que quedó aterrado, confundido, al ver descubierto el secreto de su corazon.

—Todo lo sé, le dijo. ¡Te burlabas de mí, miserable!!! y sin aguardar su respuesta le volvió la espalda saliendo por la puerta principal.

—Mañana voy á partir con los caballeros de Santiago para mi fortaleza de Uclés, le gritó con voz trémula don Beltrán; doña Guiomar no contestó ni volvió la cabeza.

Juana, á fuerza de los cuidados de Beltrán, volvió prontamente en sí: el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar, el peligro que habia corrido reanimaba todos sus temores, las palabras que habia

oído despertaban sus remordimientos, la esposa criminal creía ver aun el fantasma acusador de su esposo, y su imaginación aterrada le representaba que su enemiga, su rival, tenía en sus manos el terrible secreto de que podría prevalecerse su maldad.

Todos ignoraron el suceso fatal de esta noche. Guiomar solo lo sabía, pero Guiomar no podía abusar de él sin perderse. La reina había estado oculta bajo la cortina de la ventana de la derecha. Doña Guiomar había estado escondida bajo la cortina de la ventana de la izquierda. Si la una era la esposa, la otra era la querida favorita del rey; y ambas se habían encontrado a deshora de la noche en el aposento de don Beltran de la Cueva.

III.

Al día siguiente, Beltran trató de marchar con los caballeros de la orden de Santiago a la fortaleza de Uclés, pero el rey lo resistió tenazmente. Sin embargo, Beltran conoció que era indispensable. Cuando en el corazón de las mugeres se despierta una pasión, miden su extension, se alarman al principio, tratan de huir del peligro, y llaman en su ayuda la razón: todo es entonces dudas y combates, y no ceden sino llorando a su debilidad. Una vez conocida de las gentes su derrota, todo cambia de aspecto, callan los lloros, adormécense los remordimientos, y como su sola escusa está en el exceso de su pasión, entréganse a ella con embriaguez, refugian-dose en su amor como en su único abrigo. La culpable esposa había resistido con todas sus fuerzas, y temiendo haber cedido a un sentimiento débil, a un capricho efímero, trataba para asegurarlo de que la ternura de su amante se manifestase con nuevas pruebas, porque le parecía ser menos culpable cuanto mas estaba apasionada, y la que mucho había sacrificado, se juzgaba con derecho a exigir muchos sacrificios de su amante.

Así que la reina buscaba la presencia de Beltran, con una ansia capaz de alarmar a este sobre su mutua seguridad, espiaba sus pasos, gestos y palabras, celosa de un bien que debía exclusivamente pertenecerle, y que tan caro había comprado a precio de su tranquilidad y de su honor.

Doña Guiomar cruelmente engañada, herida en su vanidad, no había olvidado una ofensa que jamás perdonan las mugeres, y todo debían temerle la reina y Beltran de ella, sino de una venganza calculada al pronto, al menos de alguna indiscrecion de aquellas que revelan despues inmediatamente la verdad. Así don Beltran vigilado por esta parte se conducía con la mayor reserva, tratando con estudiada indiferencia a la reina que se alarmaba de su frialdad, pues evitaba cuidadosamente el hallarse a solas con ella, viendo ordinariamente a su real querida en la cámara del rey.

Este resistía siempre el dejar marchar de su lado a don Beltran, pero una invasion de los moros del reino de Córdoba y Sevilla en las fronteras de Castilla, vino a servir poderosamente a sus intentos. Marchó don Beltran al frente de sus caballeros y algunas tropas y a contener sus correrías. Seis meses duró la expedicion, y la corte de Castilla presentó un aspecto triste y sombrío de que vino a sacarla un suceso grande, muy ansiado en Castilla, y que debía influir altamente en sus destinos. La reina doña Juana iba a dar, despues de largos años de esterilidad un heredero a la corona de Castilla.

Un día que estaba el rey en su cámara rodeado de sus cortesanos, y mas contento que de ordinario, el marqués de Villena le dijo:

—Vuestra alteza, está hoy mas satisfecho que nunca. Desde la partida del gran maestre de Santiago nunca os vi tan alegre.

—Janaés he tenido iguales motivos de contento. Inigo de Haro volvió de desempeñar su comision en Alcalá. El maestre torna hoy victorioso de su expedicion contra los moros de Córdoba... tú has concluido un tratado de paz ventajoso con mi querido hermano y suegro Alfonso de Portugal.

—He empleado, replicó con afectada modestia, todas mis fuerzas para terminar en provecho de ambos pueblos las diferencias que de antiguo los dividen, y crea V. A. que me reputo feliz en tener la ocasion de prestaros este nuevo servicio.

—Yo tambien tengo un proyecto que ha de afirmar esta alianza. Y vos Juana, dijo despues dirigiéndose a la reina, no me preguntais por la respuesta que ha traído Inigo de Haro. Quiero pagaros la galanteria que habeis usado conmigo bordingo asidua, y secretamente esta banda.... Pensabais ocultármela hasta que estuviese concluida... no es verdad? Os sorprendí en tan grata ocupacion y confesásteis que era un don que destinabais a mi amor... que de hoy mas será toda mi delicia.... El mensajero que envié al santo Diego de Alcalá, ese bendito religioso por quien el cielo ha obrado tantos prodigios, suplicándole me revelase la suerte de mi sucesor a la corona, ha oído de la boca misma del santo su divina inspiracion. Llegó a los últimos momentos cuando el portentoso lego tendido sobre una cruz de ceniza, rodeado de la comunidad penitente aguardaba con la muerte el premio de su virtud. Oyó la demanda de su rey en aquella hora solemne, alzó el cielo los ojos, é inspirado contestó a Inigo de Haro. *Volved a Enrique y aconsejadle penitencia.... De Juana de Portugal nacerá una hija que será el germen de desastrosa guerra civil en Castilla. A Enrique sucederá una Princesa modelo de virtud cuyo poder no bastará a contener un mundo.* Quiso mas despacio preguntarle Inigo de Haro... pero el cántico de los moribundos que entonaban los religiosos, acompañó los últimos suspiros del santo.

—¿Creeis Enrique, dijo la reina, en esa predicion? —Yo creo firmemente en las palabras de los santos, contestó el rey con tono firme y religioso.

El marqués de Villena que no era tan decidido creyente como el rey replicó. El oráculo no es muy difícil de cumplirse. Si teneis una hija, la ley, la práctica inmemorial constante de Castilla, la llamará al trono de su padre.... la guerra civil es tan facil predecirla que hasta ahora todos los reinados anteriores al de V. A. han sido harto agitados. Vos mismo, señor, añadió con cierta ironía, tomásteis las armas contra vuestro padre don Juan II.

—Marqués de Villena, no me recordeis una accion que me destroza el alma.

Un page entró en este momento a anunciar la llegada del gran maestre de la orden de Santiago, que habiendo dejado sus tropas se había adelantado una jornada para presentarse al rey. Diversos efectos causó este anuncio en el semblante de los cortesanos. Cualquiera hubiese podido notar la turbacion de la reina.

Entró don Beltran armado de pies a cabeza, y sobre su rica armadura el manto blanco donde campeaba airosamente la roja cruz de Santiago, alzó la visera del bruñido casco, dobló la rodilla y besó la mano del rey, que alzándole afectuosamente del suelo le estrechó en sus brazos, diciéndole:

—Beltran, ya se me hacia insoportable vuestra ausencia.

—Seis meses ha que ni un solo momento he dejado de pensar en vos, y al mismo tiempo dirigí una espiativa mirada a la reina.

—Sin embargo, dijo el marqués de Villena con cierto tono de afectada cortesía, los habeis aprovechado. Sois tan buen guerrero como gallardo cortesano.

—Hemos sabido vuestras victorias, dijo tímidamente la reina que hasta entonces no había tomado parte en la conversacion.

—Si, la interrumpió el rey, me ha ganado las villas de Andújar, Baeza, Úbeda, y ha llegado hasta las murallas misma de Córdoba devastando sus fértiles campiñas y talándolo todo.

—El hambre les hizo pedir la paz que en vuestro nombre les otorgué, contestó el maestre.

—Cara se la habeis vendido, maestrel exclamó con desdenosa sonrisa doña Guiomar.

Por un movimiento que no es fácil reprimir al ver atacada á la persona que se ama, salió á su defensa la reina y contestó mirando severa á Guiomar. Nada ha exigido para sí ni para los caballeros de su orden.

—Cierto, dijo el rey, y me recordais la deuda en que estoy.... Concedo á vuestra orden las alcabalas, y los diezmos del terreno conquistado, y á vos os reservo por premio estos brazos, y al mismo tiempo le estrechó afectuosamente en ellos, os hago merced de la orden de la Banda.... para probaros cuanto es mi afecto os entrego esta que la reina con sus propias manos ha bordado para mí.... Besadla la mano....

Beltran besó la mano de doña Juana que al mismo tiempo y en voz baja le dijo, llegó á su destino.... la bordaba para tí.

Turbados quedaron ambos por un momento, pero el rey los sacó de esta situacion, preguntando á don Beltran.

—Maestre, ¿de vuestra gloriosa expedicion habeis vuelto enteramente libre? Habeis olvidado los amores de aquella dama cuyo coloquio vine á interrumpir una noche....

—Señor, esa pregunta, le interrumpió Beltran.

—Os parece indiscreta.... ya, delante de estas damas seria poca galanteria hablar de amores que no inspirasen ellas... No os atreveis á esplicaros francamente... lo veo, pero yo que no tengo niugun miramiento que guardar, responderé por vos. No, maestre, vuestro corazon no se halla comprometido.

La reina respiró, pues temia si podría el rey sospechar algo de su pasion.

—Ha llegado el momento, continuó este, de verificar un proyecto mucho tiempo en silencio meditado, y que os ha de sorprender.

—Alguna nueva bondad de V. A.

—He querido ayudar los designios del marqués de Villena. Las diferencias que existian con el Portugal, han quedado terminadas por un tratado que ha concluido su politica.

—Falta solo que lo firmeis, señor, y me llenará de orgullo vuestra aprobacion, dijo el marqués como modesto ministro.

—Hago aun mas... he querido poner el sello á este tratado de paz con la alianza del hombre mas poderoso de Portugal... en una palabra, os preparo maestre, un matrimonio brillante.

Un frio mortal se apoderó de la reina. Doña Guiomar alzó los ojos clavándolos alternativamente en la reina y en el maestre para espiar el efecto que les causaba esta proposicion.

—Si, continuó el rey, la hija del embajador, el duque de Viseo. ¿No es una belleza perfecta? ojos negros, penetrantes, talle esbelto... ¿á vos Juana, que os parece?

—Cierto, contestó la reina pudiendo respirar apenas, es una jóven hermosa... muy bella, si... ya lo habeis notado, maestre.

—El maestre es muy hipócrita en amor, continuó el rey, yo sé ciertas cosas... estoy seguro que ya ha reparado él en tantas gracias.... además es una de las herederas mas ricas de Portugal... noble como el mismo rey, ¿Habeis enmudecido?

El maestre en efecto parecia haber enmudecido, volvió en sí de su turbacion y con una sonrisa demasiado afectada dijo:

—Eso mismo me ha hecho callar. ¿Quién soy yo? Qué podré ofrecer á esa jóven en cambio de tantas ventajas?

—Mi amistad, seiscientos mil escudos y un ducado en Castilla.

—Tantas mercedes á un hombre oscuro, murmuró con ira el marqués de Villena, sin embargo así se firmará mi tratado.

—Es preciso que esteis enamorado ó loco para renunciar estas ofertas, y yo sé que no sois ni lo uno ni lo otro.

—La reina aguardaba con la mas viva ansiedad la contestacion del maestre, este besando respetuosamente la mano del rey de rodillas, se levantó diciendo:

—Por lo mismo las rehuso.

Dudó el rey si había oído bien, brilló un rayo de contento en el rostro de la reina, y Guiomar siempre observadora atenta se dispuso á sacar partido de esta insinuacion para su venganza.

—Decis preguntó el rey, que las rehusais.... hacedme una afrenta, añadió despues tomando un ademan severo: contando con vuestro consentimiento, he dado al duque mi palabra real... pensadlo bien, maestre, porque ya no me está bien ni la puedo revocar.

—Mi corazon, respondió tartamudeando el maestre.

—¡Vuestro corazon! Me habré engañado! tal vez un amor caballeresco le exalta hasta ese punto. Yo indagaré cual es el móvil de ese sentimiento que os hace renunciar tanta fortuna. Yo descubriré donde se oculta esa hermosa desconocida que os hace resistir mi voluntad. La reina... ó doña Guiomar podrían solo en Castilla merecer de un hombre tanto sacrificio.

Juana temblaba llena de terror, pero el rey al pronunciar con tono firme las últimas palabras, había dirigido su vista á doña Guiomar de quien recelaba algun tanto.

Como hábil cortesana y muger ultrajada no quiso esta dejar afirmar estas sospechas, antes bien creyó ver una ocasion de revelar el fatal secreto que encerraba en su corazon, sin hablar precisamente una palabra de él.

—Señor, respondió con despique, vuestras ofertas son magnificas, y el maestre aunque muy galan no las rehusaria sin un amor correspondido: examinad, añadió despues con la mayor intencion, el semblante de vuestras damas y conoceréis fácilmente al objeto de su adoracion. La que viereis estremecerse al oír hablar del matrimonio del maestre, la que veais pálida y temblando bajar la cabeza para ocultar su turbacion, despues á desmayarse... esa, esa señor, es el objeto verdadero de su ardiente pasion...

La reina en efecto se hallaba casi á punto de desmayarse. Beltran midió de una sola mirada el gran peligro que amenazaba, y se resolvió á salvarla. Con tono firme interrumpió á su enemiga que había jurado vengarse de él, y que se hallaba en posicion de hacerlo impunemente en aquel momento.

—¿Quién os ha hablado de amor?..... No me ha dejado concluir V. A., decia, que mi corazon.... era demasiado altivo para humillarse á recibir por esposa á una muger de quien nunca podré ser igual.

—¡Bah! y era esa toda vuestra repugnancia! dijo el rey frotándose las manos! con un movimiento de alegría. Entonces yo os haré decidir. Mi voluntad se cumplirá.

—Y se firmará mi tratado, añadió el marqués de Villena por lo bajo.

—Dentro de unos días marcharé á Lisboa á pedir al duque la mano de su hermosa hija.

—Es inútil, el duque está en Valladolid en mi palacio mismo.

—Le veré mañana... ó pasado mañana.

—Podeis verle ahora mismo... le estoy aguardando.

—He caído en el lazo, dijo entre sí Beltran... ¿no hay evasión alguna!

El rey dirigiéndose al marqués de Villena, le dijo: Marqués de Villena, avisad al duque de Viseo, que espero me presente las condiciones de la paz con Portugal, y añadidle que le espera también conmigo su yerno el duque de Alburquerque.

—¡Señor! exclamó el maestre arrojándose a sus pies.

—También vos me interrumpis. Alzad, duque de Alburquerque, señor de Cuellar, Atienza y Roa.... tomad por ahora estas villas para vuestro acostamiento...

El marqués de Villena cuyo carácter envidioso se había dado ya a conocer, salió a cumplir el mandato del rey pensando entre sí en qué vendría a parar tanta elevación.

La reina, cuya posición era en extremo violenta, se apresuró a aprovecharse de esta ocasión para retirarse con sus damas.

—Os felicito por vuestro enlace, dijo al marchar a Beltran, puede satisfacer la mas alta ambición, sed feliz, muy feliz, gran maestre.

—Llamadle duque, señora, dijo el rey.

—Todavía no lo soy, replicó el maestre.

Al salir de la régia estancia con la reina, doña Guiomar con una insolente é irónica mirada dirigiéndose a don Beltran, le dijo:

—Yo también os doy el parabien, señor duque!!!

Pocos momentos despues un page anunció la llegada del duque de Viseo, que inmediatamente se presentó al rey. Adelantase afectuosamente a recibirle.—Os aguardaba, le dijo, con impaciencia.... El duque de Alburquerque, el gran maestre de Santiago, acepta el honor que le dispensais enlazándole con vuestra hija. Yo en su nombre os doy las gracias y os acreditaré cuan satisfactoria me es esta union.

—V. A. lo ha dispuesto todo y yo he tenido un placer en conformarme con su voluntad, respondió el duque; viendo el maestre que el rey tomaba en la mano el pergamino y el sello real que iban en algunos minutos a decidir de su existencia, cuando el rey tenía la pluma en la mano para firmar su contrato matrimonial.—Permitidme, le dijo deteniéndole, que os dé una prueba de mi agradecimiento en presencia del duque. Esta union que colma mi felicidad, que me llena de orgullo, no ha de ser preferida a vuestros intereses. Firmad primero la paz con Portugal... despues mi matrimonio.

Arqueó el duque las cejas, pero hábil diplomático disimuló su disgusto.—Me es indiferente. El marqués de Villena ha estendido el tratado.

El rey cogiendo la pluma dijo. Ahora mismo quedará concluido, y se disponia a firmarla ya, cuando el maestre le detuvo nuevamente, diciéndole.

—Un momento. ¿V. A. no leerá siquiera las bases del tratado? El señor duque tendria un placer en leeroslas.

—Con mucho gusto. Cogió el tratado el duque y comenzó a leer *Castilla cede a Portugal para siempre...*

El rey a quien comenzaba a fastidiar tanta dilacion y que se veía amenazado de oír la larga lectura de un tratado, interrumpió al embajador.

—Es inútil os tomeis ese trabajo. Villena lo habrá visto bien.

—¡Inútil ese trabajo! exclamó el maestre, y se trata de enagenar una porción del territorio de Castilla.

—Sabed, replicó el embajador, que por indemnización se reserva mi rey esta pequeña porción de territorio.

—Pequeña porción!!!... y es la mas rica y poblada de Castilla que la fertiliza el Duero!

—Mirad, señor, dijo aproximándose al rey, y desplegando ante sus ojos la carta geográfica de Castilla..... aquí la teneis pintada. Debeis ceder todo este terreno que ciñe una faja encarnada.

Enrique no sabia que pensar siguiendo sobre la cartales líneas que le trazaba el dedo del maestre, no pudo menos de sentir en su corazón la pérdida del fértil país que querian arrebatárle, y se admiraba de que el marqués de Villena hubiera podido prestarse a tan exageradas concesiones, esperaba con placer tal vez que su favorito en la discusión con el embajador, recuperase alguna parte.

—En efecto, dijo, podrá haber algun error.

Los ministros de V. A. lo han mirado bien, contestó el embajador, lo han juzgado indispensable, y tal es, añadió despues con toda la arrogancia portuguesa, la voluntad del rey de Portugal.

—¿Y el rey de Castilla aquí presente no tiene también su voluntad? ¿No puede anular la disposición de sus ministros?

—Duque de Viseo, duque de Alburquerque, dijo el rey, mediando entre los dos en cuyos rostros se veía pintado el orgullo y la irritación. Todo puede componerse, que esta querella política no altere vuestras relaciones, recordad que sois padre é hijo.

—Soy castellano, replicó el maestre animándose cada vez mas, y las bases del tratado se resenten de haberse sacrificado los intereses del país a la influencia estrangera.

—¿Qué os atreveis a decir?

—En vano, continuó el maestre levantando cada mas la voz, en vano se lanza a la lucha invencible el Leon de Castilla contra el Agareno, si dócil ha de dejar arrancar de sus garras por un principe cristiano el terreno con tanta sangre recobrado! ¿Perdereis por un solo golpe de pluma lo que costó cien batallas ganar?

El calor con que el maestre pronunció estas palabras hizo una impresion grande en el ánimo de rey, sus temores despertados al par que su orgullo siguieron la impulsión que el maestre les daba: el representante de Portugal le pareció su mas terrible enemigo. El duque de Viseo, podia apenas dominar su cólera.

—Duque de Alburquerque, gritó, temed que vuestra oficiosidad no ocasione un rompimiento... ¡temblad de ofender a Alfonso de Portugal!!!

—¡Duque de Viseo! ¡temblad de escitar la cólera de Enrique de Castilla!

—Tranquilizáos, les gritó el rey, pero ya no era tiempo, la cólera habia llegado eu ambos al último extremo.

—Será nulo el tratado! dijo el embajador dirigiéndose al rey.

—Decidido, duque de Alburquerque, contestó el rey entregándole el pergamino donde se hallaba escrito.

—Pues queda roto desde este momento, dijo el maestre rasgándolo en el acto.

—Perdereis la alianza de Portugal.

—Tendremos la de Francia... la de Navarra.

—Señor, quereis la guerra.

—Jamás la he rehusado.

—Permitidme marchar a Lisboa.

—Salid hoy mismo de la corte de Castilla.

—Veinte caballeros, dijo el maestre, os acompañarán hasta la frontera.

El duque de Viseo lanza una mirada feroz al maestre, y una sonrisa desdeñosa de compasión al débil monarca, y salió haciendo una fria reverencia de la cámara real.

Aturdido el rey con la escena que acababa de presenciar apenas volvía en sí de su admiración.—Bravo modo de concluir un tratado matrimonial! exclamó. Un tratado de paz y un casamiento deshechos en un instante. Ah! maestre, cuanto os debo! y os juro que lo siento solo por vos.

—Yo no lo siento señor, he cumplido con mi deber, he sostenido vuestro derecho.

—Demasiado! Tal vez os costará salir de nuevo al campo.

—Nada importa, vos vendreis á mi lado y la victoria coronará nuestro esfuerzo, pero os habeis alterado, y V. A. debe retirarse á descansar.

Pasaron á la cámara de la reina, y al ver á esta el maestro en voz baja, la dijo:

—Ya estareis desengañada, no soy ambicioso,

—¿Y ese matrimonio?

—Lo he roto.

—¿Como?

—He declarado la guerra á Portugal.

—¡Ah! ¡y mi padre!

—Yo repararé ese golpe.

El rey se había recostado sobre un ancho sillón, fatigado al parecer de la entrevista anterior.

Un page entró, y anunció desde la puerta al marqués de Villena.

—El ministro! dijo la reina al maestro en voz baja.

—No había pensado en él, contestó sobresaltado el maestro.

—Decid al marqués que no puedo ahora recibirle, gritó el rey al page desde el sillón.

Pero el marqués de Villena se hallaba ya en la puerta de la cámara sin esperar el permiso del rey, y al oír sus palabras.

—Sin embargo, le dijo, es preciso que os hable en este momento: un negocio del estado.

—Estoy fatigado ya de trabajar en los asuntos del reino hoy. Necesito descanso.

—V. A. me escuchará replicó friamente el marqués... si, me escuchará y no saldré de vuestra presencia sin manifestaros los peligros á que os espone un inconsiderado favorito. No temo incurrir en vuestra desgracia, vengo á provocarla.

El rey descontento, pero detenido por esta firmeza, miró al marqués con sorpresa, y leyó en su severo semblante una resolución decidida, y entonces se resignó á una conferencia cuyo objeto preveía.

El maestro que conocía también el fin que motivaba la entrevista, saludó al rey, y dirigiéndose al marqués le dijo:

—Mi presencia podría seros importuna..... Podeis hablar con toda libertad.

En vano el rey le hizo una seña para que se quedase allí, afectó no comprenderla. La reina y sus damas, salieron también, y dejaron solo al rey con el ministro.

Un momento permanecieron en silencio, hasta que el marqués lo rompió diciéndole:

—¿Es cierto que un tratado político por diez meses meditado laboriosamente, fruto de lealtad y continuas vigiliass ha sido en un momento hecho pedazos por la mano osada de un jóven inesperto, cuya ciencia consiste solo en lucir su talle sobre un brioso alazan en los torneos, y galantear á vuestras damas?

—Despacio, marqués de Villena..... no hableis de esa manera.... La acción de que os quejais es solo mia, enteramente mia, ¿lo entendéis? Será un capricho si quereis, pero debeis respetar los caprichos de vuestro rey.

—No, señor..... no, os engañais. V. A. es incapaz de semejante veleidad. Esta desgracia es solo el preludio de la que la misma mano prepara á nuestra desgraciada patria.

—Pero.....

El marqués continuó con mas fuerza.—Vuestro padre don Juan II abandonó ciegamente la suerte del trono y del reino á un favorito, á un hombre que de la nada había elevado á la cumbre de la grandeza de Castilla..... á don Alvaro de Luna..... le nombró duque..... condestable..... gran maestro de Santiago..... lo mismo que vos habeis hecho con don Beltrán. El pueblo se indignó, vos mismo, señor, tomásteis las armas. Las cor-

tes del reino condenaron su conducta. Don Alvaro fué separado del lado de vuestro padre, pero su ceguedad le llamó de nuevo menospreciando el voto nacional. Don Juan perdió el amor de su pueblo..... y el rey hizo degollar en público cadalso al objeto de su predilección. Mirad no prepareis igual paradero á la elevación de vuestro amigo.

El rey con un gesto de horror exclamó.—Jamás, jamás.

—Mientras pude seros útil estuve siempre á vuestro lado: en el campo de batalla, en el palacio fui siempre vuestro mejor vasallo. Hoy al destruir el acto, que os lo confieso, era el fruto de la mas previsora política, habeis roto el vínculo de confianza que nos unia, permitidme que me retire, y ponga á vuestros pies el cargo de condestable.

—Marqués!

—No, el orgullo me hace obrar así.... aunque ofendido el amor propio de un rico-hombre de Castilla de ceder el poder á un aventurero sin mas título que vuestra escasa bondad, hubiera en silencio sacrificado mi resentimiento á vuestra gloria, si este hombre fuese capaz de salvar el estado de las borrascas que van á agitarlo, porque os lo juro, señor, yo no le aborrezco. Pero su ambición hasta ahora contenida, amenaza invadirlo todo, y aunque yo pudiera dividir con él el poder, conozco mi impotencia para evitar los males y no quiero responder de ellos á Dios ni á los hombres, y me he determinado á separar mi causa de la suya.... y de la vuestra también. Solo una palabra.... una palabra sola puede retenerme á vuestro lado. Yo la imploro de V. A. cualquiera que sea la idea que os dé este paso de mí. Debeis conocerme y sabeis que os he sacrificado mas de una vez mi vida.... mas aun.... mi reputación. Por vos, por Castilla, no por mí, pronunciad esta palabra, os lo suplico. Decidme que alejareis de palacio á ese peligroso jóven, y os consagraré con alegría el resto de mi vida.

Al hablar así el marqués se arroja á los pies del rey, le coge las manos, las estrecha entre las suyas trémulas de emoción. El anciano ministro, suplicando de rodillas por la primera vez á nombre de tan altos intereses era mas respetable en esta humilde actitud que lo había sido nunca rodeado de todos los homenajes del poder.

El rey visiblemente conmovido desasíó sus manos de las del marqués diciéndole con voz débil:

—Levanta. Tus servicios me son necesarios, pero la amistad del maestro es indispensable á mi corazón.

Alzóse del suelo el marqués de Villena con dignidad.—Basta, señor... he cumplido mi deber: os he dicho la verdad, os he advertido el peligro. Mi conciencia está tranquila. Cúmplase la voluntad de Dios. El guarde á V. A. y os haga feliz.

Dió algunos pasos para salir pero al volverse aun para mirar al rey, le vió cubrirse la cara con las manos para ocultar su enternecimiento, y volvió otra vez hacia él.

—No debía yo separarme así de Enrique IV.... del amigo de mi juventud.... del hijo de mi bienhechor. Tal vez algun dia os afligirá la desgracia. Pluguiese al cielo que sea vano mi presentimiento; tal vez os vereis vendido por los que os rodean, y á quienes mas amais; y en tonces solo, desgraciado, exclamareis: Villena! mi fiel Villena, dónde estas?.... Pues bien, señor, yo estaré allí.... volveré.

El rey le tendió la mano y sintió caer en ella una lágrima al tiempo de besársela el marqués.

—Pero entonces, continuó este, tal vez os impedirá el rubor confesar que os habeis equivocado, y que yo tenia razon; para evitaros esta confesion humillante tomad este anillo que me entregó vuestro padre como prenda de su amistad el dia en que mis esfuerzos logra-

ron terminar la guerra civil, y reconciliarnos con él. Desde entonces no he dejado ni un solo día de llevarlo siempre conmigo. Me recordaba la memoria del padre, los deberes para con mi rey su hijo. Tomadlo, señor. Si algún día teneis necesidad de mí, enviadme este anillo. Su vista será una orden inviolable... obedeceré... sin preguntar y sin hablar una sola palabra seguiré al que me lo presente... volveréis á ver á vuestro lado á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel vasallo.

Al mismo tiempo colocó el anillo en el dedo del rey, le tomó la mano y la apretó contra su corazón.

—Plegue al cielo que nunca mas vuelva á mi poder este anillo... y que esta despedida sea hasta la eternidad.

Y se marchó apresuradamente sin volver la vista atrás.

Doña Guiomar que iba á entrar en la cámara real en el momento en que el marqués de Villena se despedía decididamente del rey y le entregaba el anillo, se paró á la puerta situada á la espalda del marqués y del rey de quienes no podía ser vista, oyó sus últimas palabras, consideró atentamente el anillo, y revolviendo en su cabeza mil planes de venganza decía en su interior:— Ah! precioso anillo, tú vendrás á mi poder.

Entró despues en la cámara del rey aun afectado con la entrevista última de Villena, se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Guiomar! Guiomar! que infelz soy! todos me abandonan.

—Yo nunca os abandonaré, le contestó la artificiosa cortesana procurando templar su dolor.

IV.

Cerca de dos años habian pasado despues que el marqués de Villena se habia retirado de la corte de Castilla. Beltran le habia sucedido en todos sus cargos, y su poder apoyado en la amistad que le dispensaba el débil monarca, y en el afecto de la reina llegaba á su apogeo. Tenia en su poder el sello real y aun mas tarde las órdenes se ejecutaban sin mas que su firma. La corte presentaba un nuevo aspecto no obstante haber nacido una heredera del trono, y por este acontecimiento se habian celebrado suntuosas y variadas funciones, veíase en ellas en vez de la alegría que escitan siempre en el pueblo, un sombrío silencio preludio seguro de desastres. Una parte de la nobleza se habia voluntariamente á imitación de Villena, retirado á sus tierras y castillos. Otros propalando las voces mas ultrajantes al rey y á la reina, habian osado poner en duda la legitimidad de la princesa heredera del trono, y ó habian levantado manifestamente el estandarte de la sedición y la revuelta, ó se aprestaban secretamente á ello esperando ocasion segura y oportuna. En vano procuraba don Beltran imponer al pueblo desplegando al rededor del trono gran fausto y magnificencia que contrastaba con la miseria general. Las partidas de caza eran muy frecuentes, y muy del gusto de la reina y de don Beltran, porque no asistiendo el rey por lo regular á ellas les ofrecía los medios de estar juntos sustrayéndose á las miradas é indiscretas sospechas de los cortesanos. Nada mas bello y animado que estas cacerías en que la joven reina rodeada de la flor de los ricos-hombres de Castilla animaba con la voz y con el ejemplo á la multitud agrupada en su rededor: tranquila é intrépida sobre su cabalgadura en medio del tumulto, de los relinchos de los caballos, de los ladridos de los perros, del sonido de las trompas de caza. Siempre la primera en salvar los obstáculos, en desafiar los peligros no teniendo por rival infatigable mas que á su amante, magnífico, poderoso, joven y atrevido como ella. ¡Cuan hermosa estaba entonces la reina de Castilla!

Un día que se hallaban cazando en el bosque de Tor-

desillas, y que los monteros habian recibido como de ordinario la orden de marchar adelante sin cuidarse de ellos, un suceso imprevisto acabó de separar á la reina y á don Beltran de toda la comitiva. Al atravesar un pequeño arroyo el caballo de la reina fogoso é intrépido se resistió á entrar en él, y al querer obligarle se desbocó echando á correr por otro camino distante del que seguian los cazadores. Don Beltran metió espuelas á su caballo y siguió con igual velocidad el de la reina, inquieto y alarmado temeroso de un accidente, pero sin poder pasar delante para cortarle el paso. Parecian dos hábiles ginetes disputando el premio en una carrera. Abandonáronse á merced de los caballos que al cabo de un cuarto de hora se detuvieron fatigados. Encontráronse en un sitio desconocido, la tarde era tempestuosa, y grandes gotas anunciaban la proximidad de un fuerte aguacero. Tendieron la vista para ver si descubrian algun sitio donde refugiarse, y solo vieron en medio del bosque el humo que se levantaba de una casa bastante cercana, y se determinaron á dirigirse á ella. Don Beltran ató antes los caballos á un tronco de un árbol, y dando la mano á la reina se encaminaron con gran presteza hacia la casa, porque comenzaba ya la lluvia, y los truenos anunciaban estar encima la tempestad. Llamó á la puerta con grandes y repetidos golpes, reinaba dentro de ella el mas profundo silencio, volvió á llamar y nadie le respondió, asomándose entonces por una ventana que se hallaba abierta y solo á la altura de una vara del suelo, vió que la casa se hallaba absolutamente deshabitada.

—¡No hay nadie! y la tormenta arrecia á cada instante, y está ya encima de nosotros.

—Si, nos hemos alejado demasiado de nuestra comitiva, contestó la reina.

—Estas ventanas están demasiado bajas, apoyaos en mí, es facil penetrar en esta habitación y guarecernos de la tempestad. Es una nube de verano.

Al mismo tiempo tomando en brazos á la reina la ayudó á entrar en la habitación, y reconociéndola dijo don Beltran.

—Esta casa está enteramente sola.... Aquí hay una puerta cerrada, y no se oye nada, nada absolutamente. Aquí podremos aguardar á los monteros, los caballos que hemos dejado en el camino á la entrada de la senda del bosque que conduce á esta casa les servirán de guía para encontrarnos. Temblé por vos y os he seguido, pero al alcanzaros ya habíamos perdido de vista á vuestra comitiva, la tempestad nos sorprendió, y ha sido preciso buscar un refugio.

—Un refugio, decis bien: en las agitaciones que perturban á Castilla bien necesita la reina de un asilo.

—Siempre triste, siempre melancólica. Desde que habeis dado una heredera á la corona de Enrique ha huido la paz de vuestro corazón, en donde quiera recelais peligros y traiciones.

—¡Cómo no recelar Beltran! dijo la reina dando un tristísimo suspiro, si terminadas apenas las justas y torneos, los festines que el rey hizo celebrar por el nacimiento de su hija, muchos de los ricos-hombres de Castilla han levantado el grito de la rebelion contra ella; han puesto en duda la legitimidad de su nacimiento, y reclaman por principe heredero á Alfonso el hermano menor de Enrique mi esposo.

—El rey recibió el mensaje que don Pedro Giron, maestre de Calatrava, y los condes de Alba y de Plasencia cabezas de conspiracion, le han dirigido desde Villacastin y ha puesto la decision de tan grave negocio en manos de cuatro árbitros, dos nombrados por los conjurados y dos por el mismo.

—No se aquietaron con la sentencia.

—Una hábil mano, un hombre avezado á la sedición, y ejercitado en la intriga, los dirige aunque sin mostrarse abiertamente.

—¡El marqués de Villena! exclamó dolorosamente la reina.

—Yo he adoptado un recurso que tal vez aplacará la rebelión. El papa Paulo Segundo, accediendo a mis insinuaciones ha lanzado un anatema sobre los conjurados, y enviado un nuncio que los invite a la paz.

—Añaden, dijo la reina con religioso terror, que desde su silla ha predicho un castigo terrible, aterrador.

—Si, contestó sonriéndose Beltrán, una profecía que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el joven Alfonso por pecados ajenos morirá temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realización por tres victorias.

—¡Ah! Beltrán, dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo, el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—¡Cuánto la amais!!!

—¡Si la amo! dijo la reina poseída del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino después de haberle hecho violencia con mis plegarias, con las de un pueblo entero, desde entonces tú lo sabes, me he alejado del tumulto de la corte, del fausto, de los vanos placeres de la sociedad, porque el día en que nació mi Juana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, excepto para ti, Beltrán. Yo solo veo a ella y a ti en el universo. La revolución que agita a Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me altera cuando estoy sentada junto a su cuna, tanto como el vuelo rápido de un leve insecto que pudiera perturbar su inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como mas interesante, y las penas que sin saberlo me causa acrecientan mi amor...

La reina interrumpió repentinamente sus palabras porque en la habitación que estaba cerrada se oyó ruido de gente, pasos, y después sintieron meter una llave en la cerradura.

—¡Silencio! dijo Beltrán, viene gente... van a abrir esa puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé a todo trance.

En efecto, apenas se habían ocultado la reina y don Beltrán en uno de los cuartos de la casa que parecía al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitación que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su traje humilde parecían gentes del pueblo, y una mujer que debía ser el ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose a los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos míos.

—Hasta luego, dijo despidiéndolos otro llamado Alvaro.

—Antes un abrazo Jimena, dijo Jacobo dirigiéndose a la mujer de la casa que rechazó sus caricias, ó un á dios! que os he de dar dos á la fuerza. ¡Ola! ¡ola! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo, dicen que la nuestra no se hace de rogar con ese Beltrán de la Cueva ó del infierno.

El maestro al oír esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose a su brazo y diciéndole en voz baja. Quédate aquí conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena, continuó Jacobo, un beso sin escrupulo, ese es un buen ejemplo.

—Silencio, le gritó Alvaro. Jacobo, deja tranquila á mi tia, y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina, y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo.

Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito manco á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo, replicó Jacobo, y qué ageno estará él con la reina en Tordesillas de lo que le preparamos.

—Chit!... no seas hablador, y está puntual esta noche en la torre del Duero.

Allí veréis nuestros señores, á las doce, cada uno dará su contraseña, y su nombre al entrar.

—No faltaré, contestó Jacobo, aquí tengo la mia, y la enseñó al mismo tiempo.

—Y nosotros también, respondieron los demás. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar también. Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde había salido la tia Jimena murmurando entre dientes. —Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitación. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo. —Estoy cansado, rendido... y esta noche que deberé pasar en vela... con esta irán seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltrán mirando á la reina que aun no había vuelto en sí del susto y sobresalto que la causó la aparición de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras

—He aquí, la dijo, una revelación que no esperaba. Una tempestad que nos denuncia una conspiración.

—No es ese descubrimiento contestó llena de dolor la reina, Beltrán, el que mas aflige tu corazón.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y ahogar con sangre la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua... Ah! maldito el día en que me visteis, señora, sin mi hubierais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina después de un momento de silencio, lo que digan de mí! ¿No se yo mejor que ellos mi desgracia? Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa es que mi corazón ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el remordimiento ha destrozado mi alma, que el esposo que debía sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria para mí, es mi existencia.

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aquí, ese hombre que tranquilo ronca podría despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar... el tiempo se ha despejado.

Don Beltrán salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirigió á la silla donde estaba Alvaro, y le despertó tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—¡Buen hombre!

—Despertando de improviso echó este mano á su puñal, y levantándose azorado miró á don Beltrán á quien con tono brusco preguntó:

—¿Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aquí?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fría.

—Lo creo. Solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y lleváis en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la

carrera, me he extraviado en el monte, quisiera saber en donde estoy.

—En mi casa, respondió secamente. El bosque es del marqués de Valdestillas. ¿Dónde queréis ir?

—A Tordesillas á reunirme con la corte.

—Tomad esa senda estrecha, echad luego por el camino de la derecha, y á una legua encontrareis el Duero, seguid su corriente y ella os dirigirá á Tordesillas.

—Queréis servirme de guía y os daré esta bolsa llena de oro?

—Imposible, hoy he andado á pie ya nueve leguas y esto es demasiado para un hombre, además tengo mucho que hacer.

—Al menos recibid este Enrique de oro, por vuestra afabilidad, le dijo sonriendo Beltran al alargarle la moneda.

Tomóla Alvaro diciendo: —¿Un Enrique de oro! generoso sois por vida mía, caballero, pronunció estas palabras con tono burlón é irónico, y con la punta del puñal hizo una cruz en la moneda.

—¿Qué haceis? ultrajais el busto del rey? le dijo irriado Beltran.

—No os altereis buen cortezano: no queremos tan mal en el pueblo á S. A. —Señalaba únicamente esta moneda que no tardará en volver á vuestro poder. Debo ya un año de tributo al rey, y otras gabelas al señor feudal de este terreno. Para que los cortesanos esteis tan gordos y lucidos, es preciso que el pueblo esté flaco y miserable. Despues con cierta impaciencia señalando á la puerta, le dijo:

—Con que señor cortezano, ya sabeis vuestro camino, buen viage!

En este momento se oyó la trompa de los monteros que habiendo echado de menos á la reina, y divididos corrían en todas direcciones por el bosque en su busca, y en la del gran maestre. Al oír su sonido Alvaro con tono socarrón le dijo á don Beltran que asomándose á una de las ventanas correspondió al toque de los monteros con su cuerno de caza.

—Ya os llaman: apresuráos, mirad que Beltran, el maestre, el duque de nuevo cuño dicen que es inflexible en la etiqueta y no os perdonará vuestra falta.

Con estas injurias volvióse repentinamente don Beltran gritando ¡miserable! fué á lanzarse sobre Alvaro que con su puñal se aprestó á la defensa.

En el mismo momento la reina viendo el peligro de su amante, salió del sitio donde se hallaba oculta, y por una casualidad para el maestre entraron varios de la comitiva de la reina.

Sorprendido Alvaro al ver la repentina aparición de la reina en su casa, y la llegada á ella de los monteros reales, conoció que el hombre que habia tenido antes á su disposición era don Beltran, y solo pudo con un furor concentrado exclamar. —¡Ah! era él.

La reina reanimada de su terror con la vista de sus gentes les dijo: prended á ese asesino.

—Dejad, señora, á ese miserable, contestó el maestre. Es preciso que me respondas, dijo despues, dirigiéndose á Alvaro de quien ya se habian apoderado los monteros; á ese solo precio te ofrezco mi perdón.

—Yo no lo imploro, contestó desdenosamente Alvaro.

—¿Qué ibas hacer en la torre del Duero?

—¿Y qué os importa?

Estoy al corriente de todo: la casualidad me ha entregado tu secreto. ¿El nombre de tus cómplices?

Alvaro guardó un profundo silencio.

—Vamos, continuó el maestre, eres un conspirador honrado, no quieres responderme, si todos te se parecen, bien guardado quedará el secreto: pues que no quiere responderme, registradle.

El preso entonces echó mano á un pedazo de pergamino que intentó inutilizar, pero en vano, porque los

monteros reales se apoderaron de él, á pesar de su resistencia. Gran pena mostró por ello Alvaro que exclamó tristemente: ¡son perdidos!

El maestre á quien entregaron el pedazo de pergamino que con tanto afán defendía el preso, leyó escritas en él, estas misteriosas palabras.—«*Justicia de Dios. Torre del Duero. Alvaro Ruiz.*» Quedó un momento parado, y despues repentinamente.—Bien, muy bien, dijo, yo descubriré lo demás por mi mismo ya que tú no lo quieres revelar. Tu capa, tu sombrero, tu puñal y ese enorme baston. Así como así tú estabas cansado, habias andado nueve leguas. Llevadle á descansar á uno de los subterráneos del castillo.

Llevaronse á Alvaro los monteros, y llamando aparte al gran maestre al capitan le habló en voz baja comunicándole sus órdenes.

Inclinóse este respetuosamente despues de recibirlas diciéndole:—Está muy bien, sereis obedecido.

—Tomareis, le añadió el maestre, sesenta peones de los mas esforzados, y cuando yo diese la señal entrareis en la torre, y no dejareis uno solo de los que allí estuvieren, con vida.

—¿La señal? le preguntó el capitan.

—El Duero corre al pié de la torre, allí sus aguas en su profundo cauce parecen dormidas como las aguas muertas de un lago, ni el mas leve soplo del aire las agita, arrojaré al rio desde una de las ventanas cualquier objeto.... ese enorme baston, y el sonido de su golpe os avisará el momento de cumplir mis órdenes.

Al tiempo de marcharse el capitan de los monteros, le llamó nuevamente el maestre.

—Se me olvidaba, le dijo. Desconozco el número, y el nombre de los conjurados: tal vez podré encontrar con alguno por quien se interesa mi corazón á su pesar. Para libertarme de ceder á una debilidad que podrá serme funesta, os repito, que todos, todos han de morir aun cuando yo mismo intentase cubrirlos con mi cuerpo. Que una barca esté debajo de las ventanas de la torre.

—Descansad señor, contestó el capitan, los derribaré á cuchilladas á vuestros pies.

—Duque de Alburquerque, no me acompañais? dijo la reina dirigiéndose á don Beltran.

—Señora, voy á cumplir con mi obligacion, voy á salvar al rey.

—¿Dónde vais?

—¡A la torre del Duero!

El gran maestre salió con parte de los monteros reales.

Pocos instantes despues entraron otros monteros reales de los que venian buscando á la reina, los que traían preso á un mancebo jóven á quien presentó el gefe de ellos á la reina.

—Acaba de ser arrestado este jóven, hijo del que intentaba asesinar al duque. Se le ha registrado, y solo le hemos encontrado un puñal y un pedazo de pergamino en que hay trazadas unas palabras cuyo sentido no hemos podido comprender.

Tomó la reina el pergamino misterioso y leyó.—«*Justicia de Dios. Torre del Duero. Lain Alvaro.*» ¡Ah! qué felicidad! exclamó llena de contento. Marchemos.

—¿Dónde quiere ir V. A? dijo el gefe de los monteros. Aun queda una hora de día. ¿Se continuará la cacería?

—No, contestó la reina. Volvamos á palacio.

J. MUÑOZ MALDONADO.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL CUARTO PRINCIPAL Y EL CUARTO TERCERO.

I.

EL CUARTO SEGUNDO.

Mores multorum vidit.
HON. ART. POET.
Tel est l'intérieur de cette famille.
JOUY. L'Hermitte de la Chaussée-d'Antin.

Entre las infinitas cosas chocantes que se notan en los usos y trato comun de todas las clases, de todas las profesiones, de todas las edades, por el que trata de pintar las costumbres de su época, al buscar en la sociedad el original, la fisonomía y los rasgos esparcidos en varias partes, que tiene que reunir y compaginar, para formar su modelo; merecen poca atención, ciertas frases introducidas por el uso, y que aunque acompañadas de un gesto estravagante y afectado, y de una pronunciación fingida, es preciso repetir para librarse de la calificación de grosero, ó de poco enterado de las fórmulas sociales.

Yo que me he propuesto omitir siempre el *beso á vd. la mano, servidor de vd., vd. dispense, estoy á los pies de vd.* y otras frases por este estilo, que sin que lo echemos de ver van convirtiéndose en estravagantes, ridículas y de mal gusto; porque antes que todo soy opuesto á faltar á la verdad, y ni tengo afición á besar manos, ó si acaso es así quiero mas hacerlo que decirlo, ni estoy bien con eso de servir á nadie, ni si por una distracción pongo el tacon de mi bota sobre el pie de alguno, me han de dispensar porque yo se lo mande, ni por último, me agrada la figura que hace un hombre á los pies de cualquiera de sus semejantes, ya pertenezcan al género femenino ó peor aun si al masculino, estoy al presente en grande aprieto, pues me hallo en la alternativa de no decir donde vivo, lo cual es indispensable para la inteligencia de los siguientes renglones, ó de usar la consabida fórmula ofreciendo mi casa á los que esto lean, aunque yo por supuesto esté muy lejos de permitirles que dispongan de ella, y aunque por otra parte tenga una seguridad de que nadie ha de hacer uso de tal ofrecimiento.

Echando una ojeada por lo que llevo escrito, se me ha venido á las mientes que puesto que he probado ya que sino uso el cumplimento, no es porque le ignore sino porque me repugna, bien podré en gracia de la brevedad dejar esto á un lado, y ahorrando rodeos y preámbulos (otra de las cosas que me horripilan casi tanto como las frases ceremoniosas) entrar en la materia y por Dios que voy á hacerlo sin gastar mas tiempo, empezando del modo siguiente:

Doña Braulia Gutierrez, Luis su hijo, empleado en una oficina de rentas, la criada, un sirviente y yo ocupamos un cuarto segundo de la calle Mayor ya hace algunos años; relaciones antiguas de aquella señora con mi familia, me decidieron á irme á vivir á su casa, que tambien puedo llamar mia, puesto que vamos á partir gastos y hasta ahora ningun motivo tengo para arrepentirme de ello, el solo defecto de doña Braulia y del

cual no la han podido curar ni su difunto marido con sus exhortaciones, ni sus 38 años con haberla dejado sin muelas ni dientes, es la curiosidad y mas que todo su pasión por hablar contando á su modo, todo cuanto vé y oye, y á veces tambien lo que ni oye ni ve; en cuanto á lo demas, no puedo tener queja de ella, me cuida como á su hijo, y tan pronto como toso ó estornudo, me importuna con cien preguntas y consejos relativos á mi salud.

Por fortuna yo paro poquísimo en casa, lo cual me salva de una gran parte de su charlatanería, aunque no de toda, pues aprovechando el tiempo que tardo en tomar el guisado, la ensalada y las pasas, operacion que ejecuto todas las noches momentos antes de entrar en la cama, me refiere cuanto sabe de nuevo, y me informa de todos los chismes de la vecindad, poniéndome al corriente de la mala vida que el tendero de la derecha de nuestro portal dá á su muger, de las visitas frecuentes que á la perfumista de la izquierda hace el hijo de la viuda del cuarto bajo interior, en tanto que su marido confecciona en el laboratorio jabones y cosméticos, y sé el número de los que suben á ver ciertas vecinas de la bohardilla, que deben menos á la opinion que al favor público.

Una noche que me retiré á casa algo mas temprano que de costumbre, vino mi doña Braulia al comedor y me dijo que el cuarto tercero, vacante mucho tiempo hacia, le habia alquilado la familia de Julian, jóven pintor amigo de Luis y á quien habia visto en casa algunas veces, me habló del muchacho asegurando que era un loco, un holgazan que se habia encaprichado por una muchacha, á quien no habia visto mas que una vez, y poco á poco, me fué refiriendo todo lo que sabia de la aventura del pobre jóven, yo libre de las digresiones y reflexiones de doña Braulia, voy á contarla por si logra interesar á los demas tanto como á mí.

II.

UN ENCUENTRO Y UNA PÉRDIDA.

En una hermosa mañana de invierno, en que el sol habia disipado la niebla que permaneciera tenazmente pegada á la poblacion durante toda la noche, el hermoso *Salon* del Prado presentaba aquel magnifico golpe de vista, que ofrece cuando se halla lleno de todo lo mas elegante de la corte, de personas de todas profesiones, desde la aristocracia, diputados, comerciantes abogados y empleados, hasta los artistas y artesanos mas infelices: cuando el tiempo permite que las señoras largo tiempo aprisionadas en sus casas por las lluvias y hielos, concurran allí á lucir sus elegantes trages, á saludar con una sonrisa á los conocidos, cuando en fin la diversidad de carruages, de caballos, y de libreas, llaman la atención del provinciano y del curioso.

Julian, habia admirado varias veces este magnifico cuadro, se dirigia al *Salon* á la hora en que mas concurrencia habia, sin otro objeto que el de distraerse y pasear; iba á cruzar desde la hermosa fuente de Cibeles al Prado, cuando la violencia con que los caballos que

arrastraban un coche hacia el sitio en que se hallaba, le hizo retirar por un movimiento natural al paseo de Recoletos, pero aquella direccion tomó tambien el coche cuyos caballos no podia hacer obedecer el cochero. La violencia era terrible, el carruaje chocó con un guardacanton y se rompió; pocas personas habia cerca de él, Julian se encontró el mas inmediato, se adelantó con timidez, á ofrecer su mano para ayudar á bajar á dos señoras, de las cuales la una tendria sobre 34 años, y daba indicios de que habria sido muy buena figura, sin que esto sea decir que no se conservara todavia bastante bien: la segunda á quien daba el nombre de hija unas veces y otras de Carolina, era una niña, si por niña se entiende á una jóven de 17 años, tímida y dulce, alegre y juguetona aun.

Pasado el primer susto y no habiendo recibido ningun daño, se alejaron del carruaje, rodeado ya de multitud de curiosos; el jóven desconocido ofreció su brazo para acompañarlas hasta el *Salon*, tartamudeó algunas palabras, recibió las repetidas gracias que le dieron, saludó no sin que el encendido color de sus mejillas atestiguase el poco trato de gentes y se alejó.

Nuestro jóven era tambien un niño, cuyo corazon se hallaba virgen aun de violentas pasiones ó de crueles desengaños; cuidaba poco de presentarse á los ojos del mundo, con ese oropel que vale á veces tanto sino mas, que un entendimiento claro, y que un alma pura; su traje sencillo, descuidado y con dos años de atraso al que prescribia el último figurin, daba materia á un elegante para media hora de critica. Pero la mas jóven de las dos señoras, á quien acababa de prestar un servicio, no le miró de este modo, reparó solo en sus hermosos cabellos caidos sobre la espalda, en sus grandes y ardientes ojos negros, y en las palabras que su boca habia pronunciado con tan dulce acento. No se fijó en su gaban raído, ni en la hechura antigua del sombrero, ni echó de ver la mala figura del lazo de su corbata y el color de sus guantes de mal tono. Habia en su modo de hablar tanta gracia, manifestaba tal nobleza en su mirada, su mano temblaba de tal modo al asir la de una muger, que Carolina acostumbrada á tratar con algunos jóvenes cuyas palabras afectadas, cuyos estudiados modales y fría superficialidad, eran fáciles de conocer aun por una niña de 13 años, conservó indeleblemente grabada en su pensamiento la imagen de Julian, perdió su alegría juguetona, para dar lugar á una porcion de ideas que bullian en su cabeza, su madre notó pronto aquella mudanza y se propuso averiguar la causa, pero inútilmente, era un pensamiento, una imagen que la seguia por todas partes, un delirio, una fiebre, un transporte que la acompañaba al baile, al teatro, al paseo; de dia, de noche, á todas horas; era que amaba por primera vez, y á un ser que solo habia visto un momento y á quien probablemente no volveria á ver mas.

En cuanto á Julian, siempre tímido y melancólico, se habia hecho mas desde la aventura del Prado, apetecia la soledad y evitaba encontrarse con sus amigos, solo á Luis era á quien confiaba sus secretos y con quien se desahogaba, echándose la culpa de no haber seguido hasta saber donde vivia aquella muger que le habia robado el sosiego y la tranquilidad, concurría todos los dias al sitio donde la habia visto, y cuando divisaba un carruaje amarillo con caballos blancos, se paraba y quedaba inmóvil fijando en él una mirada, pero pronto veia que eran desconocidos los que iban dentro; proseguia entonces sus investigaciones y empleaba dia y noche en andar por las calles, tratando de descubrir la casa de la muger que en tan pocos momentos habia hecho tal impresion en su corazon. Todo fué en valde, Julian no pudo adquirir el menor indicio y pensó con razon que sin duda se habrian marchado de Madrid las señoras á quienes prestó su auxilio.

Tal era el estado del amigo de Luis, cuando su familia fué á habitar el cuarto tercero de mi casa. La frecuencia con que doña Braulia subia á ver á sus vecinos, y su perspicacia para observar y averiguar cuanto escitaba su curiosidad, la pusieron pronto al corriente de todas las interioridades del cuarto tercero, y pasando noches, comiendo estofados y tomando ensaladas, no tardé yo tambien en estar enterado de ellas, y lo que es mas de las comparaciones que doña Braulia hacia con el orden interior del cuarto principal, ocupado por un flamante marqués, que aunque amo, difícilmente estaria tan bien enterado de aquel como ella.

El contraste que formaba el régimen doméstico de ambos cuartos, era efectivamente curioso, y ya que por ahora nada interesante puedo decir de Julian, dejarémosle ocupado en inútiles investigaciones, para introducirnos con lo que yo pude oír y observar, y con las noticias de doña Braulia, primero en el cuarto tercero y despues en el principal.

III.

EL CUARTO TERCERO.

Estaba amueblado con mucha sencillez, una mesa con un reló y dos floreros colocados en el intermedio de los dos balcones, un espejo y seis cuadros representando pasajes de la Atala, cuatro rinconeras con varios cachibaches, una silleria antigua con el indispensable sofá, colocado en el sitio de ordenanza, esto es en el testero de la sala, componia el adorno de ella. Otra silleria de raso labrado, un gran cuadro al óleo, una mesa y un velador con un juego de café encima, ocupaban el gabinete. La alcoba principal, contenia una gran cama, una mesa de noche, un crucifijo, una docena de estampas en raso, representando igual número de santos. Los demas dormitorios eran tan oscuros, que se necesitaba algun tiempo de permanencia en ellos, para poder enterarse de su figura y capacidad. El comedor pieza reducida con una ventana alta, que daba á un tejado, el llamado despacho, cuartucho con luces que le transmitia una ventana, la cual las recibia de otra que daba á un patio oscuro; la cocina en la que el fregadero y el fogen estorbaban cerrar la puerta, y algunos pasillos por los que no era posible andar, sin llevar en los codostestimonio de su reciente blanqueo, constituian la habitacion.

Los padres de Julian, tres hermanos pequeños y la criada, completaban la familia, en la cual reinaba aquella intimidad que se nota entre personas que estando juntos siempre, viviendo en un cuarto reducido y encontrándose continuamente cara á cara, se ven precisados á hablarse: en tales casas el marido tiene continuamente necesidad de decir alguna cosa á la muger, ya para que le ponga un boton en la camisa, ya para que le cosa una trabilla, ó para pedirle las calcetas que llevó la lavandera, porque todo esto pasa por mano de la muger, único medio de que una sola criada pueda atender á todos los quehaceres de la casa: verdad es que este mismo trato continuo, tiene sus inconvenientes, porque no siempre se está de acuerdo y en tal caso, es mas fácil que haya choques y que se turbe la paz de la familia.

El marido llegaba algunos dias fatigado del trabajo de su oficina, cogia un periódico para distraerse, pero bien pronto los chiquillos metian ruido gritando y alborotando en la habitacion. La muger acostumbrada á esta música no lo notaba siquiera, pero los repetidos chit... vamos callando! que notardaba yo en oír desde mi cuarto, al marido, la advertian su disgusto.

—Idos de aquí á jugar al comedor, les decia su madre, que meteís mucho ruido.

Los chicos obedecían y se alejaban cargados con los juguetes y muñecas, pero como en el comedor estaban solos, el uno pegaba al otro y se le oía continuamente á la madre:

—Mirad que voy á pegaros á todos sino os estais quietos.—¡Arturo! deja á tu hermana, no la hagas daño; pero todo esto no servía de nada, uno esquivaba por una puerta, otro corría á caballo en un palo tocando la trompeta, otro se cogía los dedos en el quicio de una puerta, después habia lloros y gritos, el padre esclamaba:

—Diablo de chiquillos, no se puede hacer nada en esta casa con el ruido que meten.

—Déjalos, decía la madre, es preciso que se diviertan, qué mal hacen los pobres.

—Eso es, replicaba el marido, con esas tonterías los pierdes y les das mala educación consintiéndolo todo. De ahí se originaba una disputa y una desazon hasta obligar á la muger á llorar, pero la llegada de cualquier amigo, la tranquilizaba y al acostarse ya se habia olvidado todo.

Cayó malo mi vecino del cuarto tercero, subí á verle varias veces como era regular, y tuve ocasion de observar los desvelos de la muger tan pronto como el enfermo lo estuvo gravemente; ella preparaba los remedios, ponía las sanguijuelas, velaba de noche cerca de su marido, y se levantaba cuantas veces era preciso, adivinando sus deseos, así es que este llamaba á su muger tan pronto como salía de la alcoba por un momento.

Un orden y economía estremados habia en la casa, su ama estaba en todo, ayudaba por las mañanas á la criada, preparaba la comida y hasta barria. Hay varias familias en Madrid que á pesar de gozar de regular fortuna, no tienen mas que una criada, fuera de los casos en que necesitan una ama de cria ó niñera, ó de los en que algun convite en la casa, hace necesario un refuerzo para el servicio de la cocina, aconteciendo frecuentemente que la criada, poco acostumbrada á tales laberintos, y si á que su ama la ayude, comete mil torpezas, la pone en ridiculo, y dá margen á que los convidados critiquen.

—Yo no sé como haces, se le oía decir á mi vecino muchas veces, no te duran nada las criadas, y en casa de don fulano tienen seis criados, de los que el mas moderno hace ocho meses que está á su servicio. Esta era una prueba clara de la estremada economía y gobierno de su muger, de que inspeccionaba y descendía á todas las minuciosidades. La criada no podia escatimar ni sisar nada, porque su ama estaba siempre vigilante y sabia perfectamente el precio de los comestibles; ademas siendo sola, el señor la mandaba una cosa, la señora otra, era preciso dejar un trabajo y empezar otro, ¿qué extraño era que se marcharan las sirvientas?

Lo que mas que todo debía tambien incomodarlas, era el sermón matutino de que yo tambien participaba desde mi cuarto.

—Benita, ande vd. mas de priesa, es ya medio dia, y no ha hecho vd. nada, vendrá alguno y lo encontrará todo revuelto.

—Señora qué quiere vd. que yo le haga ¿caso he parado desde que me levanté?

—Benita, ha roto vd. una sopera.

—Yo nó, señora, habrá sido el gato.

—Si la hubiera vd. puesto en su sitio no hubiera sucedido eso.

—Ya, y quien puede tenerlo todo en su sitio, si la mandan á una veinte cosas á la vez; por último, señora, si vd. ha de estar siempre riñéndome de la mañana á la noche, eso no me acomoda, por 50 rs. que me dá vd. tengo diez casas donde entrar á servir, con que busque vd. criada que yo me marche mañana.

En este diálogo que se repetía con frecuencia, tenia tambien una no pequeña parte, el ejemplo de la vida que en el cuarto principal se llevaban los criados en

estremo lucrativa y descansada, comparativamente con la que aguardaba á las que entrasen á servir en el cuarto tercero.

IV.

EL CUARTO PRINCIPAL.

Esta magnífica habitación que se extendía por el interior de la manzana, mucho mas que las de el segundo y tercero, estaba amueblada con lujo, preciosas colgaduras de raso de diferentes colores esparcian en las piezas una luz agradable; magníficas alfombras, muebles perfectamente trabajados y á la última moda, daba todo á conocer al que allí penetraba, que se hallaba en una casa opulenta; y efectivamente, su dueño que algunos años antes solo podia disponer de un caudal regular, sujeto á los vaivenes de la suerte, á que se esponía cediendo á su pasión por el juego, cuyo vicio le servía de única ocupación en la capital de provincia en que se hallaba; habíase encontrado por la muerte de un pariente suyo, dueño de estensas y lucrativas posesiones, y con un título de marqués que satisfacía su orgullo y el de su muger. No contento con el aislamiento en una corta población, resolvió venir á la corte, y pronto su casa, las reuniones que daba en ella, y su magnífico tren, fueron citados en todo Madrid, bien que no faltaba quien asegurara, que estos despfarros y excesivos gastos, así como la satisfacción de su vicio dominante, le habian obligado á deshacerse de algunas de sus mejores posesiones.

La moda, deidad á quien en aquella casa adoraban desde su dueño hasta el último sirviente, exige que los esposos vivan lejos y que haya criados separados para el servicio de cada uno, todo esto se observaba puntualmente, en lo cual no habia gran trabajo siendo tan grande la habitación, y sucedía que aunque tuvieran deseo de verse, por no emprender un viage dejaban de hacerlo, lo cual tiene sus ventajas; pues el trato ceremonioso evita disputas y querellas, pero tambien tiene sus contras.

Los chiquillos no incomodaban á sus padres como en el cuarto tercero, porque vivían lejos de ellos, los mas pequeños eran confiados á criados que no solían tratarlos con la mayor amabilidad, y de cuya viciosa educación habian de resentirse necesariamente despues; los mayores tenían un preceptor ó ayo.

Si alguna vez caía malo el marqués, la esposa estaba tambien como la del cuarto tercero cerca de él, pero con cierta palidez y espresion de dolor estudiado en el espejo, se negaba á las visitas de cumplimiento, consultaba á dos docenas de los mejores médicos de la corte, y en llegando la noche, se acostaba tranquilamente, descuidando en los criados cuyo celo alababa; no eran sus manos delicadas las que extendían las cataplasmas y cantáridas, no aplicaban las sanguijuelas, ni enjugaban el sudor del enfermo, lo mas que hacia era llevar las tazas de coccimiento, arreglar las almohadas, ó estirar la colcha.

En el cuarto principal, habia un criado para cada servicio, todos sabían su obligación diaria; despues que la doncella, por ejemplo, habia vestido á la señora, arreglado sus chales, mantillas, y compuesto la pieza del tocador, era libre para hacer cuanto la acomodase; el portero no hablaba dos veces al año con la señora, y la cocinera solo la habia visto desde una ventana, así es que hacia y deshacia, cortaba y rajaba á su gusto, sin que nadie fuera á decirle—para qué echa vd. tanto carbon en la hornilla—ya he dicho que no traiga vd. los platos finos á la cocina—pues qué se ha acabado ya el aceite?—¿dónde han ido los postres que sobraron ayer? de todas estas impertinencias estaban libres en el cuarto principal.

Nadie averiguaba el precio de los comestibles, y é

tos se traían en abundancia, aconteciendo no pocas veces que una gran parte de las provisiones, que el encargado de la compra traía por la mañana, por supuesto después de cobrar la sisa, volvía á la tienda del frente, donde eran tomadas por una tercera parte menos, que lo que habían cobrado por ellas, algunos momentos antes; ó bien con la misma rebaja pasaban á la cesta de la criada del cuarto tercero que ganaba la diferencia hasta su justo valor, en el cual se las vendía á su ama.

En el cuarto principal, con tal de que la casa tuviera cierto aspecto de grandeza, y que los criados dijeran en la vecindad. — «Servimos en casa del marqués F., buenos amos, pagan al corriente, tienen diez criados y no reparan en pequeñeces.» Todo lo pasaba la marquesa, tenía una mirada de desprecio para ellos, los dirigía rara vez la palabra, y dejaba que hicieran lo que quisieran poco menos que á su vista.

Dejemos ya de hablar del cuarto principal y tercero, volvamos á nuestro Julian, que cansado de correr calles y tomar noticias, sin saber el paradero de su amada, ha desistido ya de su propósito y resuelto no hacer mas diligencias para encontrarla, puesto que tan inútiles han sido las que lleva practicadas.

V.

DOS CARTAS.

Un día que entraba en casa mas melancólico que nunca y decidido ya á ocuparse con constancia en el estudio de su difícil arte, lo cual le proporcionaría la ventaja de tener ocupada su imaginación con otra cosa que sus sueños de amor, vió á la puerta un coche amarillo con caballos blancos, los recuerdos que tal objeto excitaban en él y su costumbre de examinar todos los carruajes de estas señas, le hicieron dirigir la vista al interior de la caja; pero cuál fué su admiración al reconocer dentro de ella á las mismas dos señoras que socorriera en el Prado, cuando la rotura del coche! este partió al momento, y Julian quedó como clavado en aquel sitio, sin que la emoción que experimentaba le permitiera seguirle, sus piernas flaqueaban, y cuando se halló en estado de tomar movimiento, ningún carruaje amarillo había en toda la calle, entonces se entregó á la desesperación y al dolor; había perdido por segunda vez á la que jamás se separaba de su pensamiento.

Una idea vino á reanimarle, se le ocurrió que las señoras tal vez bajarían del cuarto principal, subió al segundo, y con una violencia y una espresión particular, que casi daban miedo, empezó á preguntarme las señas de los que vivían en casa del marqués, para tratar de averiguar algo por medio de ellos, yo se las fui dando de todos los que sabía que componían la familia de mi vecino, cuando le dije que tenía una hija como de unos diez y siete años, cuando le di todas las señas, me estrechó en sus brazos, y empezó á correr y á gritar como un demente: la hija del marqués y Carolina eran una misma persona.

Julian se introdujo pronto en el cuarto principal y habló diferentes veces á Carolina; pasaremos en silencio algunos meses, en que las visitas secretas del vecino

del cuarto tercero, se hicieron demasiado frecuentes, y volveremos á tomar el hilo de esta historia, desde que en una de ellas Julian encontró á Carolina pálida, triste y desfigurada, tenía una revelación que hacer á su amante: y muchas fueron las lágrimas que vertió al decirle que era imposible ya ocultar su deshonra..... pasados los primeros momentos, y no encontrando otro medio, arreglaron un plan de huida, Julian se proponía conducir á Carolina á casa de un amigo de su confianza cuya madre atendería á aquella: la separación con que vivían en casa del marqués, y el haberse prestado á todo los criados que sirvieran también á Julian para sus visitas secretas contribuyó á la realización del proyecto que habían formado, y una mañana, se echó de menos en casa del marqués á su hija mayor.

Infinitas fueron las diligencias que se practicaron para dar con ella, pero todas infructuosas. Ocho días después doña Braulia me entregó un pliego con sobre para mí, dentro de él había dos cartas, una para el cuarto principal y otra para el tercero.

Cuando el marqués recibió la carta que le iba dirigida, estaba enfermo á causa de los grandes disgustos que le habían sobrevenido. El deseo de reponer su caudal de los excesivos gastos que le redujeron á una pequeña parte, le hizo jugar mas que otras veces, la suerte no le favoreció, él abrigando una esperanza de recuperar las pérdidas siguió jugando, hasta que quedó arruinado; puede concebirse el efecto que haría en él la lectura de la carta, en que le confesaban la falta de su hija; así como la marquesa, cuyo orgullo se veía ajado.

Inquietos en el cuarto tercero por no saber el paradero de Julian, recibieron con la mayor alegría la carta que los tranquilizaba y prometía verle pronto, lo cual deseaban con ansia, para noticiarle el contenido de otra carta recibida la víspera por la que habían sabido la muerte de un hermano acaecida en Méjico y que los hacía dueños de una fortuna inmensa.

VI.

CONCLUSION.

Quince días después, Julian y Carolina eran esposos, y habían sido perdonados por sus familias.

Empezaba yo á cenar pocas noches há, cuando doña Braulia me dió una esquela elegantemente impresa, en que Julian y Carolina me ofrecían un cuarto segundo de la calle del Carmen donde habían ido á vivir con sus familias; he estado á visitarlos, y tenido ocasión de observar que los antiguos inquilinos del cuarto principal, han olvidado las rarezas que la moda y las preocupaciones les obligaban á hacer, y los del cuarto tercero su modesto método de vivir, sanando de gran parte de las ridiculeces que hacían por costumbre; habiendo adoptado toda la familia, un término medio, entre las ceremoniosas extravagancias de la clase elevada, y las llanas confianzas de los que no se determinan á vivir con todas las comodidades, que su fortuna les permite.

EL INCOGNITO.





Alberto Durer.

ALBERTO DURER,

INVENTOR DE LA PINTURA Y DEL GRABADO EN ALEMANIA.

Hablando de Alberto Durer, se dice que si hubiera nacido en Italia, si hubiera estudiado en Roma delante de las grandes obras de la antigüedad, hubiera sido el pintor mas célebre. Su padre, era un hábil platero de Nuremberg, y le hizo aprender el dibujo, con objeto de dedicarle a su profesion, pero los progresos que hizo el jóven Alberto en este arte fueron tan rápidos y sorprendentes, que hicieron concebir á sus maestros y á su padre la idea de que seria imposible aprisionar su génio artístico en el estrecho círculo de un obrador de platería.

Recibió las lecciones del mas acreditado pintor de Nuremberg, y aprendió á pintar y á grabar en madera. Despues recorrió el jóven artista la Alemania, los Países Bajos, visitó á Venecia, á Colmar y á Balá, perfeccionando siempre su talento, y regresando otra vez á Nuremberg, donde por obediencia á su padre, casó con la hija de un hábil mecánico; pero esta muger de carácter desagradable y altivo le dominó atormentándole hasta su muerte.

En esta época fué cuando se distinguió Alberto por sus magnificas composiciones, entre las que merecen citarse como de un mérito sobresaliente, un san Juan Bautista, una Virgen María, una adoracion de los Magos, y su propio retrato.

Algunos años despues volvió á Venecia donde se hizo notable, y ejecutó el cuadro del martirio de san Bartolomé, que Rodolfo emperador de Alemania, compró y remitió á Praga. La reputacion de que gozaba Alberto en esta época se hizo europea. De vuelta á Nuremberg produjo una multitud de bellisimas composiciones que todos los principes á porfia se disputaban el poseer. Los primeros soberanos de Europa se apresuraron á que reflejara sus imágenes el sublime pincel de este gran artista, y le prodigaron su confianza y su amistad. Carlos V y Maximiliano le dieron el título de primer pintor de su corte; el primero quiso hasta concederle un título de nobleza, y Fernando rey de Bohemia y de Hungría le colmó de presentes.

El gran mérito de Alberto Durer y la nombradía y crédito de sus producciones le acarrearón numerosos

enemigos, pero la dulzura de su carácter y la nobleza de sus sentimientos le conciliaban el aprecio y distincion de los mas altos personajes y el afecto de todas las personas que le rodeaban. Una pequeña parte de su correspondencia se ha conservado, y de ella se deduce que no vivió feliz á pesar de los homenajes que le tributaron y de la gloria que por do quier le seguia y que tanto alhaga al amor propio del hombre.

Para comprender en toda su estension el mérito de este esclarecido artista, bastará conocer que Rafael adornaba religiosamente su estudio con los bocetos que le remitia Alberto, y que el Guiada, ese pintor tan delicado y tan suave, tenia por modelo las obras de Durer y las ponía en contribucion para la composicion de las suyas.

En este tiempo se hicieron célebres algunos artistas ademas que por sus obras en el género que cultivaban, por su carácter de universalidad: tales fueron Leonardo de Vinci, Miguel Angel y otros. Este carácter era tambien el de Alberto Durer porque á la vez poseia las bellas letras, y era excelente matemático, buen ingeniero, escultor, pintor y grabador. Fué el primero que enseñó á sus compatriotas las reglas de la perspectiva y las proporciones en las artes. Inventó el grabado al claro oscuro y al agua fuerte, y le es deudora la Alemania del primer tratado que se publicó en aquel país sobre el arte de fortificacion.

El número de las producciones de Alberto Durer es infinito. Sus retratos son admirables por su semejanza, y sus paisajes son otros tantos modelos por el encanto y la singularidad de su frescura y de su propiedad.

Su mejor obra es el cuadro que representa á Jesucristo en la cruz rodeado de una gloria. Bajo de esta figura principal se ve un grupo de papas, de cardenales y de emperadores entre los que se halla retratado el mismo Alberto, sosteniendo un pequeño cuadro en el que se halla escrito su nombre.

Las composiciones de este artista son notables por la firmeza de su ejecucion y la correccion del dibujo, pero no puede decirse otro tanto de la espresion de las figuras, ni de la precision de sus contornos.

Su muerte produjo un luto universal, no solo en su patria, sino en todo el mundo artístico. Nació el 20 de mayo de 1471, y bajó al sepulcro el 6 de abril de 1528. Sin las desazones y graves disgustos que le proporcionó su esposa, es probable que hubiera continuado mas largo tiempo su brillante carrera de triunfos, satisfecho con los homenajes que le tributaban de aprecio y consideracion, lo mismo en su patria que en las demas naciones.



Albrecht Dürer.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Vista original del castillo de Priorio en Asturias.

NOTICIAS GENERALES

DEL DISTRITO DE OVIEDO A PROAZA

EN EL PRINCIPADO DE ASTURIAS.

Presentada ya al público la ligera reseña de esta provincia, y habiendo allí indicado de que en pos se ofrecería algun otro trabajo mas determinado, sobre distritos ó comarcas particulares, para ir allegando materiales curiosos á la par que interesantes para la historia civil, física y geográfica de Asturias, tan poco conocida como digna por mil títulos de serlo, cumplimos hoy en parte con el empeño contraído, publicando el presente artículo, que por referirse á la capital y sus cercanías nos pareció que debía ocupar el primer lugar.

Tiene su asiento la ciudad de Oviedo sobre un terreno elevado y descubierto, cuyo dilatado horizonte se termina por los altos montes que á lo lejos en forma circular la ciñen por todas partes, exceptuando la del N. O. por donde se encuentra el Océano á las cuatro leguas. El terreno de la ciudad y sus contornos no es

comparable en la feracidad con otros muchos de la provincia. Arenisco, ligero y poco sustancioso, al mismo tiempo que frio por estar á la esposición de los vientos arrasantes del N. y N. E., no se echa de ver aquel vigor, aquel lujo de vegetaciones que hace tan bellas y productivas las vegas que atraviesan el Nalon, Narcea, y Sella con sus afluentes. En cambio el suelo de Oviedo compuesto en gran parte de capas de arena que descansan sobre otras de peña blanda tambien arenisca, retiene poco las humedades á pesar de las frecuentes lluvias: el clima es sano, la situación alegre, despejada y de agradables vistas.

Aunque la fundacion de Oviedo no haya sido hecha por el rey Fruela con prévia meditacion, empezando por elegir sitio mas conveniente, pues se aprovechó del entonces agreste en que poco antes habian levantado el monasterio de San Vicente levita y mártir, los presbíteros Fromistano y Máximo, reúne con todo circunstancias que lo hace muy recomendable, para que lo ocupe un pueblo grande y floreciente. Se halla en el centro del país que desde las épocas mas remotas compone lo que hoy se llama Asturias, solo cuatro leguas distante del mar, por todos lados circundado de pueblos, barrios y alquerías que lo abastecen profusamente de mantenimiento. Entre sus mismas casas están las canteras que dan la piedra de construcción, junto á ellas hay grandes bancos de yeso y de marga, á poca distancia cal, arena pura y diferentes arcillas para la fabricación de teja y

ladrillo, y minas de carbon de piedra á solo una legua de la ciudad.

Aunque Oviedo es un pueblo regalado, vistoso, cómodo y agradable, no es muy visitado de transeúntes y viajeros, ora porque se halla escéntrico con respecto á la capital del reino y á otros pueblos que hoy gozan de celebridad, ora porque se apagó aquella devoción fervorosa que un tiempo arrastraba á Oviedo en romería á los príncipes, y á los grandes, á adorar las venerables reliquias que desde la invasion sarracénica allí se custodian. En medio de verse privada de esta falta de concurrencia, y de la de estrangeros que inundan el mundo con las relaciones apasionadas de sus viajes, parece que al acercarse á la ciudad se reconoce en ella la muestra ostentosa de haber sido corte de ocho reyes, y el punto de donde salieron los esforzados guerreros, que ensanchándose primero hácia las tierras de Castilla y Leon, llevaron mal paradas las huestes musulmanas hasta las columnas de Hércules, plantaron sus pendones sobre las torres de la Alhambra y los trasportaron en triunfo hasta los últimos confines del Nuevo Mundo. Descuella magestuosa entre los edificios de Oviedo la hermosísima torre de la catedral, de esbelta y airosa forma, que parece enseñorearse de la ciudad y de la campiña, y que todo cuanto la rodea la está obediente. Ella sola demuestra á quien la descubre de lejos de que la poblacion en que se halla es la cabeza de las comarcas situadas acúende los montes, y que lo fué en otro tiempo de un estado que sirvió de base á la poderosa monarquía de Felipe II.

Saliendo de Oviedo por el ameno campo de San Francisco siguiendo la direccion del S. O. por el camino de las Caldas, queda á la derecha y á corta distancia en sitio alegre y desembarazado, la Casa-Hospicio, uno de los establecimientos de su clase mejor montados que hay en el reino. Débese su fundacion á la piedad é ilustrado celo del digno regente de esta audiencia don Teodoro Gil de Jaz, que á mediados del siglo pasado con las suscripciones y limosnas, que fué recolectando, y con los oficios caritativos á que se prestó aun la gente mas necesitada, fué levantando la obra que consagró á la horfandad y á la indigencia. El trozo de calzada que desde aquí sigue hasta donde llaman Lagar de Omaña es debido tambien á las disposiciones de este magistrado.

Desde el indicado punto algo mas elevado que Oviedo, se ofrecen perspectivas imponentes y tambien deliciosas. Descúbranse por la derecha los picos herizados de la cordillera de la Mesa que viene en degradacion á circunvalar el valle de Grado, al paso que otro brazo que se desprende en los altos de Cuero, dividiendo el partido de Salcedo del concejo de Teberga, y el de Proaza del de Tameza, corre por Linares hasta el Nalon en donde termina. Al frente se presentan las montañas calcáreas que atraviesan desde las eminencias del Aramo hasta las colinas peñascosas del concejo de las Regueras, y á la izquierda descuella en primer término la famosa Peña de Morcín, llamada hoy así por el lugar de su nombre que le cae á la banda oriental. Esta gran mole es un estribo de la citada del Aramo la mas elevada de toda esta parte, ofrece muy gratos recuerdos históricos y religiosos; porque en su cima estuvo escondida del furor de los infieles, por tiempo de unos cien años, la sagrada arca de las reliquias que el arzobispo de Toledo Urbano condujo á Asturias, cuando con otros prelados y próceres del reino vino huyendo á guarecerse á estas montañas, de las armas sarracenas. En tiempo de don Alonso II se trajo á Oviedo en solemne procesion depositándola en la capilla de San Miguel, que por esto se llamó *Cámara Santa*, que el rey solo para este objeto hizo labrar, y allí existe hoy. El monte en donde se conservó tan venerable depósito,

tuvo el nombre de *Monte Sacro*, de donde vino el de Monsagro que conserva. La capilla en donde se custodió el arca existe tambien, y un pozo dentro de ella en donde estuvo metida para mayor seguridad.

Llegando al lugar de Santa Marina, el terreno empieza á variar de calidad y de posicion, hasta allí era arcilloso y arenisco, y ya se descubren á flor de tierra algunos trozos de Peña Caliza, que van prontamente estendiéndose á medida que se sigue el descenso á la Conca del Nalon, cuyo lecho se alcanza á ver. Ya cerca de concluir la bajada, se encuentra la iglesia parroquial de Priorio, obra que corresponde al estilo de la llamada *arquitectura asturiana*, que estuvo en uso desde los primeros años de la restauracion de la monarquía, hasta que se dió á conocer la *gótica tudésca*. Está bien conservado este edificio, pues aunque tiene algunos agregados de época reciente, no desfiguran la parte antigua de modo, que no pueda ser reconocida con toda distincion.

Mas abajo en el fondo del barranco por donde corre el arroyo *Gapo* están las termas conocidas por las Caldas, á donde acuden en las temporadas de baños multitud de enfermos así de Asturias como de las provincias limitrofes. La casa ofrece todas las comodidades, que pudieron obtenerse del sitio apretado que ocupa. Se construyó para alivio de la humanidad doliente, por la diputacion del principado, siendo procurador general don Martin de Cañedo, en el año de 1776, bajo la direccion del arquitecto don Manuel Reguera Gonzalez, por planos de don Ventura Rodriguez. Se amplió la obra en 1828, siguiendo el orden primitivamente adoptado. El manantial casi en grado de hervor es tan abundante, que provee todos los baños, y quedan sobrantes que no se aprovechan.

Al salir del sitio estrecho y sombrío, que ocupan las termas, en donde hay un gracioso paseo de árboles de sombra, se descubre de frente y á distancia como de doscientos pasos del camino, el antiguo castillo del Priorio, hoy casi arruinado, y en otro tiempo fortaleza de gran nombradía. Está fundado sobre un peñon calizo, que se mira aislado en un llanito de arena formado por el río Nalon, que pasa por la derecha á corta distancia. Tuvo cuatro torres, una en cada ángulo que flanqueaban las cortinas: dos están destruidas hasta la altura del muro, otra aunque en mal estado se sobrepone algunas varas, y la del homenaje conserva en parte las almenas que la coronaban.

Las cortinas que unian las torres, están por algunos puntos casi íntegras, y por otros no muy arruinadas. Hay distribuidas oportunamente flecherías y claraboyas, con vestigios de obras exteriores, cuya estension y forma no se pueden reconocer. La del castillo es irregular, como lo es la Peña sobre que asienta. Todas las paredes son de piedra con argamasa tan tenaz, que sobre resistir abandonadas á la intemperie por tantos siglos, son impenetrables á los golpes de la barra y del pico. Aun en tal decadencia, y en medio de sus ruinas es el castillo una de las obras militares mas importantes que nos han quedado de la edad media, y un monumento del poder que habia alcanzado la autoridad feudal entre nosotros.

Aunque no poseemos noticias de quien haya sido su fundador, sabemos que estuvo siempre bajo del dominio señorial de los obispos de Oviedo, quienes tenian en él un *encomendero*. En las revueltas y asonadas que en épocas distintas agitaron el principado, se miró como de mucha importancia la adquisicion de la fortaleza de Priorio. Ya en el año de 1306, vino don Alonso de Castilla, primo de don Fernando el Emplazado, á arrasarla con sus torres, porque en ellas se abrigan los sediciosos que entonces habia, causando daños y estorsiones á la tierra. En 1581 Garcí-Alvarez de Palomar lo mantuvo por el obispo contra las tentativas del revoltó-

so conde de Gijón. Todavía se mantenía íntegra la fortaleza á fines del siglo XVI, como se colige del hecho de haber venido á bendecir su nueva capilla en el año de 1595, el obispo don Diego Aponte de Quiñones por haberse arruinado la antigua.

Encuétrase este murado recinto en el vértice del triángulo que formaba el territorio jurisdiccional del obispo, cuyos lados eran los ríos Caudal y Lena, desde su confluencia con el Nalon hasta su nacimiento en los puertos, tirada una línea desde el de la Mesa hasta el de Cubilla, en cuyo espacio quedan comprendidos ocho concejos. Con la variación que las instituciones y las ideas sufrieron en el siglo XVI, con la reconcentración del poder supremo en una sola mano, y con haber cesado las parcialidades en que de continuo estaban comprometidos los pueblos por las rencillas de los señores, el castillo de Priorio como las demás fortalezas de su clase, empezó á reputarse como de poca importancia, y sobre todo ya no tuvo ninguna cuando en tiempo de Felipe II se enagenaron los distritos de la jurisdicción eclesiástica llamados Obispalías.

Desde entonces sucedió la soledad y un silencio imperturbable, al estrépito y ruido de armas que aquí de continuo resonaban. Aquel afán por adquirir y enseñorearse del castillo de Priorio, se trocó en apartamiento y abandono á merced de cualquier miserable que quisiera ocuparlo, y en tal situación vinieron á ocuparlo las sabandijas y las lechuzas que hoy son los moradores de sus cóncavos torreones.

Empero las luces y las opiniones de nuestro siglo dando un giro mas pacífico, y unas miras mas positivas al pensamiento, condujeron á estos deteriorados muros, á tres sabios de bien merecida reputación, ora por su proximidad á la capital, y á los baños contiguos, ora para encontrarse engastadas en algunas de las piedras de que se tomó el muro ciertas cristalizaciones que el vulgo creía diamantes, ó sea porque en rededor del castillo, hay diseminadas otras piedrecitas curiosas que algunos reputaban de mucho valor, unido á todo las tradiciones caballerescas que son bien comunes en monumentos de su clase indujeron á reconocerlo al doctor Casal, médico afamado de la ciudad de Oviedo, que equivocadamente afirmó ser de la naturaleza de los diamantes las predichas cristalizaciones. Vino después el célebre Jovellanos, y en pos el botánico Lagasca que disiparon con sus observaciones tamaño error, habiendo además el último encontrado en aquel sitio el túpido de que tanto uso se hace en la fabricación de la cerveza. Don Luis Proust hizo tambien análisis de las piedrecitas esparcidas por todo el recinto, y por las peñas que median entre Caces y Siones, de la parte opuesta del río, y demostró ser tambien unas cristalizaciones cuarzosas, opacas, de color gris oscuro, blandas, de forma octógona regular, con facetas lisas y muy bien pulimentadas que llaman facintos de Compostela. Las hay desde el tamaño de un grano de trigo, al de una bellota. Están en estado de descomposición por lo que no será extraño de que lleguen enteramente á desaparecer.

Corriendo á lo largo el reducido valle, denominado de las Caldas ó ribera de abajo, cuya circunvalación por algunos puntos es sumamente agradable por sus aldeas y plantíos, se atraviesa el Nalon por una barca mal servida y de tosca construcción; mengua por cierto de nuestro siglo el que se consienta tal estorbo en punto de muchísimo tránsito y á las puertas de la capital! Atravesado el río empieza la pendiente en donde está situado el lugar del Puerto; sigue por él la subida hasta ganar la garganta de la sierra, que como va dicho es la continuación mas rebajada de la del Aramo. Hállase en su parte culminante el lugar de Labares que Carballo sin otro fundamento que el de la asonancia indica pudo corresponder á la Leberis de Estrabon. Antes de él se encuentra el de Cueto Montero desde el cual por la diestra endere-

za el camino que sigue á Tuñón, de cuyo pueblo hay algo que decir.

Luego que se llega al alto que lo domina, se distingue en el fondo un vallecito ceñido por todas partes de enormes y elevadas moles de peña caliza, por entre las cuales pasa estrechado y con desmandada corriente el río Trubia. La montaña oriental abre y se recoge un tanto por esta parte dejando un pequeño recodo que es el que ocupa Tuñón. Nadie al divisarle se fija en la mezuquina iglesia que al pié de la gran montaña apenas se alcanza á ver. Sobre ella descuella un campanario tan miserable como todo lo demás de este humilde edificio. Nada hay en él que esceda de la traza de una capilla, de las muchas que se ven en pueblos cortos en que se congregan las gentes del campo una vez al año; sin embargo aun mas reducido de lo que es hoy, sirvió de iglesia á un monasterio insigne fundado hace 953 años, por don Alonso el Magno con la advocación de San Adriano y Santa Natalia, y dotado competentemente con rentas, alhajas y esclavos para sustento de los monges, para ofrenda, aromas y sacrificios, para que se entonasen cánticos de alabanza al Señor; para que de día y de noche ardiesen delante de sus altares veinte lámparas, para albergue de peregrinos y socorro de menesterosos.

habiéndose arruinado la iglesia á los 118 años de su construcción, se dió nueva traza para levantar la actual en el de 1108, siendo abad Eulalio, y prelado diocesano el obispo don Pelayo, célebre historiógrafo y cronista de aquellos tiempos, el cual vino en persona á las ceremonias de la segunda consagración, con los obispos de Coimbra, Iria y Astorga, segun se espresa en una lápida que se conserva embutida en la pared interior del lado de la epístola, sobre uno de los arcos laterales que forman como naves. En las primeras líneas se lee: *hoc templum dedicabit Pelagius episcopus Ovetensis. Era MCXXXVI.* Sigue enumerando los altares y sus dedicaciones, y la época primitiva de su fundación todo en letra muy inteligible y bien formada. La basílica de don Pelayo es la parte que hoy está desde el medio de la iglesia á la capilla mayor, pues la otra parte aunque muy antigua, no lo es tanto y se conoce muy bien de que fué agregada. El tiempo andando vino á quedar suprimido el indicado monasterio, como lo fueron otros en Asturias. Sus rentas las reasumió el cabildo de Oviedo y el de Cobadonga, con todas las cargas y obligaciones consignadas en la fundación.

A la salida de Tuñón hay un puente de madera cuya cabeza por la parte del Oriente se apoya en la base de una alta peña que lame el río. Sobre el mismo ingreso de dicho puente, hay una cueva no muy espaciosa ni de mucha profundidad, conocida en la historia de Asturias por el desastroso suceso en ella ocurrido reinando en Castilla don Fernando y doña Isabel. Diego Vazquez Prada, señor de la casa de Prada en Proaza, y sus hermanos Andrés y Alonso mantenían cruda enemistad y añejos odios contra un notario vecino de Tuñón, hermano político de los tres. Reuniéronse estos en cierto día, y allegando á sí gentes de armas trataron de apoderarse del notario encaminándose á su pueblo. Apercebido de lo que pasaba se retrajo con su muger y nueve amigos y deudos, que se decidieron á seguir su suerte á la cueva referida, resueltos á defenderse hasta el último trance. Acercáronse los Vazquez con los suyos, y arremetieron inútilmente, porque los encerrados con piedras y saetas, los contenían y maltrataban. Conociendo entonces los agresores la imposibilidad y los riesgos de lograr la empresa por el medio que se habían propuesto, adoptaron otro que mas placía á su corazón fementido.

Arrastraron en gran copia hacia aquel sitio, todo el poblado entonces de árboles bravios, maderos y ramas secas, con que encendieron una crecida hoguera cuya llama introduciéndose por la entrada de la cueva, batía

contra la pared interior en donde estaban los infelices refugiados. Salió en tan mortal conflicto la esposa del notario suplicando á sus hermanos con la ternura y la vehemencia de que es capaz el corazón de una muger colocada en situación semejante, de que se condoliesen de aquellos miserables, y que no egerciesen con ellos un acto tan atroz é inhumano. Fueron inútiles todos sus ruegos, perdidas todas sus instancias. Concediéronle únicamente, como por muestra de especial favor, de que pudiese ella sola salir, para libertarse de la suerte que los demás tenían irrevocablemente que sufrir. Rehusó desechada y resuelta una condicion que no era compatible con sus sentimientos honrosos. Ni el aspecto de una muerte horrible y cercana, ni las súplicas encarecidas que todos le hacian, para que evitase un sacrificio inútil pudieron recabar de ella de que mudase de propósito. No quiso admitir el don amable de la existencia, á trueque de presenciar el bárbaro suplicio de su esposo ni sobrevivir á su desgracia. Avivado el fuego, internóse en la gruta el humo y la llama, que batiendo en la pared interior, reducía á los once refugiados á la última agonía. No pudiendo ya resistir mas tiempo, perecieron todos lanzando terribles imprecaciones contra sus verdugos, y dirigiendo en momento tan apurado fervorosas preces á su Criador. La esposa del notario abrazada con él estrechamente mantuvo todo aquel denuedo y admirable resolucion que se echa de ver en el carácter distintivo del bello sexo, hasta que exaló su postrimer suspiro. ¡Heroína digna de mejores tiempos en que se supiese apreciar en todo su valor el inminente sacrificio á que se constituyó, y la alta virtud que él supone! Hasta su nombre y prosapia nos ha negado la historia contemporánea, tan solícita en transmitirnos relaciones genealógicas de personajes parásitos, que ni por su saber, ni por sus hechos tuvieron nunca un lugar entre las glorias de la patria.

La cueva en donde aconteció esta catástrofe tuvo desde entonces y refiene hasta hoy, el nombre de Cueva del Notario, y hasta hoy tambien el que por allí transita siente emociones de compasion y horror, que realzan la aspereza y sombrío aspecto de aquel sitio.

Créese comunmente de que Tuñon ocupa el punto mas central del principado en todas direcciones, y que tirando desde él, cuatro líneas á los cuatro cardinales, resulta á todos igual distancia. Aunque no sea así con precision matemática, no hay duda de que se advierte muy poca diferencia, aunque se note bastante en el mapa.

Saliendo de dicho pueblo por el angosto canal que dá paso al rio se llega sobre el lugar de Villanueva situado en el valle de Proaza, que forman entre ambos una solaparroquia. Sin embargo, cada uno es capital de distintos concejos: anomalía que si en siglos anteriores tenia explicacion en la mezcla y confusion de las jurisdicciones, no se sabe como disculparla en la época que alcanzamos en que el espíritu de reforma invade hasta lo que debiera reputarse como sagrado. Ciñen el valle de Proaza muy altos montes: por el oriente levanta su nevada cabeza el de Andrisas, y por norte y occidente, la cordillera de Linares. Atraviesa el llano el mismo rio Trubia que va á Tuñon, sin fertilizarlo con su riego, como pudiera conseguirse sin gran dispendio. Aun así es de los feraces de la provincia; abrigado con las montañas, siendo su suelo compuesto de tierra suelta y sustanciosa, produce abundantes cosechas de los frutos del pais, y otros tambien mas delicados prevalecerian si hubiese cuidado en cultivarlos. Se dá al aire libre el limon y la naranja, buenas uvas, y excelentes manzanas de que se hace la sidra que no hay otra que la ventaja.

Proaza hoy habitada por pacíficos labradores, nada presenta de notable á los ojos del viajero. Contemplando empero, de que fué pisado su suelo por ejércitos y teatro de sucesos muy señalados, y punto que muchas

veces escitó las pretensiones de los señores feudales sostenidas á sangre y fuego, se para la imaginacion, y se agolpan reflexiones que entretienen el pensamiento. Los picos que circundan este valle estuvieron antes coronados de castillos, y en el llano hubo dos de que daremos alguna razon. El antiguo nombre de la Vega, en que están situados Villanueva y Proaza era *Val-de-Olallés*, con el cual es conocido actualmente un campo de la ladera del mismo valle, que atraviesa el camino que va á Oviedo. Refiere el obispo don Sebastian de que con noticia de la rota de los moros en Cobadonga, salió el gobernador de Gijón Munuza, con los que allí habia, y pasando en retirada por el sitio en donde está Oviedo, fué alcanzado en *Olallés*, tres leguas mas arriba, por los cristianos que le seguian, desbaratado y muerto con todos los suyos. Mariana llama á este sitio *Olallé* seguramente por equivocacion. Ambrosio de Morales, dice de que en su tiempo se conservaba entre los naturales de Olallés tradicion de este suceso cuya se mantiene de la misma manera, afirmando los habitantes de que en su distrito hubo una gran batalla en la que llevaron la peor parte los infieles.

El concejo de Proaza, y sus adyacentes fueron por muchos años de la jurisdiccion de los obispos, poniendo en ellos alcaldes que á su nombre administraban justicia y recaudaban los pechos. Hubo un antiguo castillo en el prado que se llama de la Segada, cuyos cimientos todavia se reconocen, que era reputado como fortaleza de primer orden en aquel tiempo, y lo acredita en que habiéndose apoderado de ella Gonzalo Pelaez, uno de los infanzones mas poderosos y mas turbulentos que hubo en el reinado de don Alonso VII, tuvo necesidad de acudir este monarca con sus huestes para someter al rebelde. Puso cerco al castillo; pero encontró tal resistencia que conoció la dificultad de allanarlo. Al pié del mismo muro fué herido el caballo en que el rey iba montado, y lo fueron tambien algunos de los nobles que lo acompañaban; por lo que y pareciendo á don Alonso que la empresa aparecía árdua y prolongada, resolvió tornar á Castilla dejándola encomendada al valor y pericia de don Suero, que tardó no menos que dos años en vencerla. Ni fué este suceso el único, ni el último tampoco que se decidió con las armas en el castillo de Proaza. Otros ocurrieron en épocas posteriores habiéndolo sostenido en una de ellas contra los facciosos el valeroso caballero Rodrigo Alvarez de Bandojo.

Sea por el buen resultado de alguno de estos acontecimientos, ó por que tal haya sido el nombre que tenia el castillo y sierras antiguas, hallamos que en la escritura de donacion hecha por Fernando II al cabildo de Oviedo y á su obispo don Menendo, de aquellas tierras, se las llama *Mons Gaudii*, Monte de alegría, que ha perdido.

Existe en la poblacion otro castillo menos nombrado en la historia, pero en mejor estado de conservacion. Tiene su torre cilíndrica con muros que de ella arrancan, y vestigios de haber sido mas estensos. Corre á su pié el arroyo Payon que debió de servirle de foso. Celebráronse en otro tiempo en él las juntas del concejo. Perteneció primero á los poseedores de la casa de Miranda, y despues por permuta pasó á la de Velarde, y ahora se halla enteramente abandonado.

Habiendo obtenido el rey Felipe II bula pontificia para la enagenacion de las obispalías, á fin de atender con sus productos á las guerras que sostenia contra los hereges, despachó Proaza á Lisboa, residencia entonces de la corte, dos comisionados competentemente autorizados que lo fueron Martin Vazquez Prada, y el muy magnífico señor Pedro Tuñon el Real de Bandojo, para tratar lo concerniente á la redencion del concejo. En 1583, se extendió en pergamino la escritura por la que se le declaraba libre perpétuamente de toda otra jurisdiccion que no fuese la real ordinaria, mediante la cantidad

de seiscientos mil maravedises que por dicha merced satisfizo, con facultad de poder nombrar sus jueces y ayuntamientos, con jurisdiccion civil y criminal, mero misto imperio, allende de las demas prerrogativas y esenciones que á las referidas eran anejas, en cuyo goce y posesion ha estado el concejo hasta las últimas reformas.

En donde terminan las casas del pueblo termina tambien el valle. Las peñas que lo forman cierran aquí de manera que no se puede salir á otros términos sin ganar hácia la altura para volver luego á declinar. En la angostura por donde se cuelan las aguas del rio un poco mas alto que su orilla y parage muy áspero, hay una cueva á la cual se llega no sin dificultad. Denominase de San Miguel por haber servido de capilla dedicada á este santo. Todavía existen vestigios: está en pié la mesa del altar, una parte de las gradas que habia para llegar á ella, y algun trozo del pavimento empedrado. Hay tradicion de que el abad de Tuñon concurría en ciertas festividades del año á la cueva-capilla á celebrar el santo sacrificio de la misa. No es en verdad fácil calcular en qué tiempo ni con qué motivo se construyó un oratorio en parage casi inaccesible, y desusado en las practicas de los cristianos, que lejos de usar de las cavernas, sitios despejados y dominantes buscaban de ordinario para sus templos. Solo el de Cobadonga debido á uno de los sucesos mas notables de nuestra historia, fué erigido en la caverna misma en donde se verificó dicho acontecimiento. Tal vez otro importante que no llegó á nosotros, motivó la fundacion de San Miguel, pues sin un caso memorable no es de inferir que allí se verificase.

Otra antigualla que se reconoce en este mismo parage áspero y ríscoso, no relacionada por ninguno de cuantos han recorrido el país, ni por los anticuarios que en él hubo: es un camino estrecho, pero abierto con imponderable trabajo en la peña viva, y cortada perpendicularmente en varios puntos con muchas varas de espesor. Su direccion era al pueblo de Caranga, y desde él, cortando otra vez peñas inmensas y salvando horrendos precipicios se internaba en el concejo de Quirós. Ni al parecer era Proaza el punto de donde partía, sino que venia venciendo los mismos obstáculos desde Tuñon ó tal vez desde mas abajo. No se colije el objeto principal para una obra de tan enorme coste, y de tan corto resultado si se atiende á que no pudo instalarse para el servicio de carros y acémilas, sino para el tránsito de la gente de á pié y de los ganados. Por toda esta parte no se descubren restos de establecimientos de minas, ni de pue-

blos siquiera de mediana consideracion; y aun suponiendo de que esta senda se hubiese abierto para dar paso al puerto de Ventana, se encuentra la dificultad de que se hace por ella un gran rodeo, de que hay otros parages por donde pudiera dirigirse con pocos inconvenientes, y de que llegó á tal desuso que no es ya conocida ni transitable, lo que prueba seguramente que tenia determinado objeto, y que cuando este cesó, cesó tambien el destino y el tránsito del camino. Se advierte de que sin pararse en tropiezos se le habia dado una direccion recta de la cual no variaba, aunque á corta distancia presentase mas anchura y facilidad el terreno, como sucede por un poco mas arriba, que atraviesa una senda que hicieron practicable hasta para caballerías, los vecinos de los lugares de Villamejín y Caranga, sin mas auxilio que el de su trabajo.

No debemos de levantar la pluma sin dar noticia de otra cosa notable que hay en Proaza, una vez que nos propusimos no dejar olvidada ninguna de las que merezcan ser conocidas. En un cerro piramidal, de gran altura y muy escabroso que se empina hácia la parte del occidente sobre el barrio de la Abadía, á mas de media altura se ve una cueva dicha del *Fenoyal*, á donde en mas de una ocasion acudieron los labradores del pueblo á buscar los tesoros que en su fantasia suponen haber quedado soterrados cuando la espulsion de los moros. Dieron principio á su improbo trabajo, cabando la tierra con que encontraron obstruida la principal galería: á muy poco comenzaron á hallar muchos huesos y esqueletos humanos que tuvieron por buena señal; continuaron cabando, y siempre presentándose en la misma copia las hostias, y viendo por último de que no llegaban al cabo, se fastidiaron de su tarea despues de haberla seguido con perseverancia. No faltará quien conjeture de que una batalla, una peste, ú otra semejante calamidad pudo dar motivo á hacinar en este punto los cadáveres, eligiéndolo como sepultura natural; pero la disposicion en que se hallan colocados, y la de la tierra que los contiene, conducida allí de la parte de afuera, muestra bien claro de que se depositaron sucesivamente y en una larga serie de años; y esto aun cuando no nos constase de que en otros parages de Asturias, existen cementerios de la misma clase, por lo que es indudable de que hubo tiempo en que era costumbre destinar para ellos las cuevas, aunque no lo encontremos designado en la historia.

JOSÉ ARIAS DE MIRANDA.

HISTORIA NATURAL.

EL LOBO NEGRO.

¿El lobo negro es una especie distinta del lobo ordinario ó solamente una degradacion de éste? Todos los naturalistas le consideran como de una familia diversa, pero hay muchas razones tambien que se oponen á creerlo así. Como puede considerarse por el bastante exacto grabado que va al pié de este artículo, no difiere del lobo comun mas que en el color de la piel que es de un negro subido, pues en sus formas son tan semejantes y tan ligeras las diferencias si existen, que mas notables son las que se encuentran entre dos lobos ordinarios cogidos en diferentes climas. Ademas se halla indistintamente en toda Europa y no pueden citar los que sostie-

nen la contraria opinion, ninguna region, ninguna localidad donde esta pretendida familia habite especialmente, y aun si quieren alegar que solo se encuentran de paso en las comarcas del Mediodía, diríamos que tambien se hallará solo de paso en los demas países, y preguntáramos á donde se dirige y de donde procede, pues que no se le conoce domicilio fijo. Otra observacion hay tambien que añadir muy poderosa: en la América septentrional se encuentra el lobo comun y el negro, y sería singular y notable si constituyesen dos especies distintas, porque al tiempo de su descubrimiento ofreció muy pocos animales idénticos con los del otro continente; así entonces, la familia de los lobos sería una escepcion de la regla general.

De cualquiera suerte que se considere, todos convienen en que el negro es mas feroz y sobre todo mas cruel que el lobo comun; vive en lo mas espeso y sombrío de

las montañas, y solo se aparta de sus guaridas durante la noche para acudir á las orillas de las lagunas y de los rios á devorar las inmundicias que arrojan. Tiene una fuerza prodigiosa, y aun que menos corpulento que el ordinario, no hay perro alano por valiente que sea, que lleve la victoria en la lucha. Hay de la presencia del hombre, particularmente durante el dia, pero tambien es muy arriesgado intentar el sorprenderlo en su retiro, porque no bien siente acercarse al cazador que le despierta sobresaltado ó le halla inopinadamente, cuando su primer movimiento no sea en vez de huir, lanzarse sobre el temerario que imprudentemente se empeña en atacarle en sus fortalezas.

Su vigorosa constitucion le permite caminar sin fatigas hasta cuarenta leguas en una noche, y resistir muchos dias sin comer. Si el hambre no le atormenta demasiado, no se aparta de la espesura de los montes; pasa el dia durmiendo y la noche en cazar el ciervo, la liebre y otros animales mas débiles que él; pero cuando le falta este alimento se aventura en medio de las noches mas oscuras á emprender alguna excursion en el llano. Entonces se desliza pegado á los vallados, por los desecados surcos de los arroyos, y por entre las zarzas y todo lo que puede ponerle á cubierto. Su paso es ligero y su pisada tan furtiva como le es posible para acercarse á su presa sin que le sienta. De un salto salva un espacio de veinte y cinco ó treinta pies, se lanza sobre ella, y avalanzándose á su cuello concluye por derribarla en tierra; cuando ha conseguido esto, la desgarran en un minuto aunque por su volumen sea diez veces mas fuerte que él.

Este feroz animal es temible para la especie humana, porque frecuentemente ataca á los hombres, y con particularidad á los niños y mugeres, con preferencia á las bestias.

Su color impide distinguirle en la oscuridad, y ha-

ce mas terrible y espantosa su aparicion, porque solo se le percibe cuando se halla muy próximo, y por el brillo rojizo y siniestro que destellan sus ojos. En 1791 una fiera sembró la desolacion y el terror en los departamentos del centro de la Francia por las muchas personas que devoró; y últimamente despues de muchas infructuosas batidas, fué victima de una de ellas, resultando ser un lobo negro.

Vamos á referir un egemplar de su ferocidad.

Un hortelano habitaba con su familia una casita pequeña, próxima al monte y bastante apartada de lo demas de la poblacion. Un domingo, 27 de setiembre por cierto, marchó la familia entera á oír misa, á escepcion de la abuela, muger de sesenta y tres años que quedó guardando la casa y disponiendo el desayuno para sus hijos. Cuando estos regresaron no encontraban á su abuela y vanamente la buscaban por los patios y los establos y la llamaban á voces; hasta que por fin la hallaron en el huerto detras de la casa, pero muerta, desgarrados sus vestidos y enteramente devorados el rostro y el vientre. Al parecer el lobo debió saltar la tapia y arrojarle sobre la anciana en el momento que estaba entretenida en coger algunas yerbas; pero se conocia que la lucha debió ser terrible no obstante la mucha edad de la victima, porque habia en la tierra señales evidentes de haber estado sucesivamente encima ó debajo de la fiera, de ser vencida ó vencedora, y aun se veia un gran puñado de pelos en la mano del cadáver horriblemente mutilado.

El lobo negro como todos los de su especie ha sido clasificado por los naturalistas modernos entre los mamíferos carnívoros, seccion de los digitígrados, y de la misma familia que el perro. Difiere esencialmente de este por sus orejas siempre derechas y puntiagudas, por su cola recta y caída que jamás se encorva en semi-círculo y por su manera de echarse.



El Lobo negro.